UNE ✦ SACRA

Esoterismo

Corpus Hermeticum

✦ ✦ ✦

Atribuido a Hermes Trismegisto

Traducción (edición 2.2)

Créditos

Autor	Atribuido a Hermes Trismegisto
Fecha	Siglos I a III d. C.
Idioma original	Griego antiguo
Versión	Traducción (edición 2.2)
Traducción	Traducción popular, a partir de la versión inglesa de G. R. S. Mead
Fuente	Internet Archive — The Corpus Hermeticum, tr. G. R. S. Mead
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

El Corpus Hermeticum es una colección de tratados griegos escritos en el Egipto romano, entre los siglos I y III, y atribuidos a Hermes Trismegisto ("tres veces grandísimo"), figura que une al dios griego Hermes con el egipcio Thot.

En forma de diálogos y revelaciones —Hermes con su hijo Tat, con Asclepio o con la propia Mente divina—, los textos tratan de Dios como Mente y Bien, de la creación del mundo, de la caída y el regreso del alma y del renacimiento espiritual por la gnosis, el conocimiento de Dios.

El primer tratado, el Poimandres, narra la visión en la que la Mente suprema revela a Hermes el origen del cosmos y del ser humano; el decimotercero, el Sermón Secreto de la Montaña, describe el renacimiento interior.

Redescubierta en Florencia y traducida al latín por Marsilio Ficino en 1463, la colección marcó el Renacimiento, la alquimia y todo el esoterismo occidental.

Aquí están los tratados I a XIV y XVI a XVIII (la numeración tradicional no tiene tratado XV).

Fuente: https://archive.org/details/the-corpus-hermeticum-hermes-trismegistus-g.-r.-s.-mead

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

I. Poimandres, el Pastor de los Hombres

II. A Asclepio

III. El Sermón Sagrado

IV. La Copa o la Mónada

V. Aunque no manifiesto, Dios es lo más manifiesto

VI. Solo en Dios está el Bien, y en ninguna otra parte

VII. El mayor mal entre los hombres es la ignorancia de Dios

VIII. Que ninguna de las cosas existentes perece, sino que los hombres por error llaman a sus cambios destrucciones y muertes

IX. Sobre el pensamiento y el sentido

X. La Llave

XI. La Mente a Hermes

XII. Sobre la Mente común

XIII. El Sermón Secreto de la Montaña

XIV. Una carta a Asclepio

XVI. Las definiciones de Asclepio al rey Amón

XVII. De Asclepio al rey

XVIII. El elogio de los reyes

I. POIMANDRES, EL PASTOR DE LOS HOMBRES

✦

Sucedió una vez que mi mente meditaba sobre las cosas que son; mi pensamiento se elevó a gran altura, y los sentidos de mi cuerpo quedaron suspendidos, como les ocurre a los hombres que están pesados de sueño tras una comida abundante o por la fatiga del cuerpo. Me pareció que un Ser más que inmenso, de tamaño más allá de todo límite, llamaba mi nombre y me decía: ¿Qué quieres oír y ver, y qué tienes en mente aprender y conocer?

Y yo digo: ¿Quién eres tú? Él dice: Yo soy el Hombre-Pastor (Poimandres), la Mente de todo dominio; sé lo que deseas y estoy contigo en todas partes.

[Y] yo respondo: Anhelo aprender las cosas que son, comprender su naturaleza y conocer a Dios. Esto es, dije, lo que deseo oír. Él me respondió: Guarda en tu mente todo lo que quieres saber, y yo te enseñaré.

Con estas palabras cambió Su aspecto, y al instante, en un abrir y cerrar de ojos, todas las cosas se abrieron ante mí, y veo una Visión sin límites: todas las cosas convertidas en Luz, una [Luz] dulce y gozosa. Y quedé arrebatado al contemplarla.

Pero al poco rato una Tiniebla vino a posarse sobre una parte [de ella], terrible y sombría, enroscándose en pliegues sinuosos, de modo que me pareció semejante a una serpiente.

Y luego la Tiniebla se transformó en una especie de Naturaleza Húmeda, agitada más allá de todo poder de las palabras, que despedía humo como de un fuego y gemía con un sonido lastimero que ninguna descripción alcanza. [Y] después de eso salió de ella un clamor inarticulado, como si fuera una Voz de Fuego.

[Entonces] de la Luz [...] una Palabra Santa (Logos) descendió sobre aquella Naturaleza. Y hacia lo alto, desde la Naturaleza Húmeda, brotó el Fuego puro; era ligero, rápido y también activo. El Aire, siendo también ligero, siguió al Fuego, subiendo desde la Tierra-y-Agua hasta el Fuego, de modo que parecía estar suspendido de él.

Pero la Tierra-y-Agua permaneció tan mezclada una con otra que nadie podía distinguir la Tierra del Agua. Y, sin embargo, eran movidas a oír por causa de la Palabra-Espíritu (Logos) que las penetraba.

Entonces me dice el Hombre-Pastor: ¿Has comprendido lo que significa esta Visión? No; eso he de saber, dije yo. Aquella Luz, dijo Él, soy yo, tu Dios, la Mente, anterior a la Naturaleza Húmeda que apareció de la Tiniebla; la Palabra-Luz (Logos) [que apareció] de la Mente es el Hijo de Dios. ¿Y entonces?, digo yo.

Sabe que aquello que en ti ve y oye es la Palabra (Logos) del Señor; pero la Mente es el Dios-Padre. No están separados el uno del otro; es más bien en su unión en lo que consiste la Vida. Gracias te doy, dije yo. Comprende, pues, la Luz [respondió Él], y hazte amigo de ella.

Y, hablando así, me miró largamente a los ojos, de modo que temblé ante su mirada. Pero cuando Él alzó la cabeza, veo en la Mente la Luz, [pero]

ahora en Potencias que nadie podría contar, y el Cosmos crecido más allá de todo límite, y que el Fuego estaba rodeado por una Potencia poderosísima y, [ya] dominado, había llegado al reposo. Y cuando vi estas cosas, las comprendí por medio de la Palabra (Logos) del Hombre-Pastor.

Pero, estando yo en gran asombro, Él me dice otra vez: Has contemplado en la Mente la Forma Arquetípica, cuyo ser es anterior al principio sin fin. Así me habló el Hombre-Pastor. Y yo digo: ¿De dónde, pues, reciben el ser los elementos de la Naturaleza? A esto Él responde: De la Voluntad de Dios. [La Naturaleza] recibió la Palabra (Logos) y, contemplando el Cosmos Bello, lo copió, haciéndose ella misma un cosmos por medio de sus propios elementos y de los nacimientos de las almas.

Y el Dios-Mente, siendo a la vez masculino y femenino, subsistiendo como Luz y Vida, engendró otra Mente para dar forma a las cosas, la cual, siendo Dios de Fuego y de Espíritu, formó Siete Gobernantes que envuelven el cosmos que perciben los sentidos. Los hombres llaman a su gobierno Destino.

Al instante, de los elementos inferiores, la Razón (Logos) de Dios saltó a la pura formación de la Naturaleza y se unió a la Mente Formadora, pues era de la misma esencia que ella. Y los elementos inferiores de la Naturaleza quedaron así privados de razón, de modo que fueran pura materia.

Entonces la Mente Formadora ([unida] a la Razón), la que envuelve las esferas y las hace girar con su torbellino, puso en movimiento sus formaciones y las dejó girar desde un principio sin límite hasta un fin sin fin. Pues la circulación de estas [esferas] empieza donde termina, como la Mente quiere.

Y de los elementos inferiores la Naturaleza engendró seres vivos sin razón, pues Él no extendió [a ellos] la Razón (Logos). El Aire engendró los seres alados; el Agua, los que nadan; y la Tierra y el Agua se separaron una de otra, como la Mente quiso. Y de su seno la Tierra produjo los seres vivos que tenía: cuadrúpedos y reptiles, animales salvajes y mansos.

Pero la Mente, Padre de todos, siendo Vida y Luz, engendró al Hombre igual a Sí misma, del cual se enamoró, como de su propio hijo; pues él era bello sobre toda comparación, la Imagen de su Padre. En verdad, Dios se enamoró de su propia Forma; y le concedió todas sus formaciones.

Y cuando él contempló lo que el Formador había creado en el Padre, [el Hombre] quiso también formar; y [así] el Padre le dio su consentimiento. Pasando a la esfera formadora, donde había de tener toda la autoridad, contempló las criaturas de su Hermano. Ellas se enamoraron de él, y cada una le dio una parte de su propio orden.

Y después de haber aprendido bien la esencia de ellas y de haberse hecho partícipe de su naturaleza, quiso romper completamente el Límite de sus esferas y dominar la fuerza de aquel que pesaba sobre el Fuego.

Entonces aquel que tiene toda la autoridad sobre [todos] los mortales del cosmos y sobre sus seres irracionales inclinó el rostro hacia abajo a través de la Armonía, rompiendo su fuerza, y mostró a la Naturaleza inferior la bella forma de Dios.

Y cuando ella vio aquella Forma de belleza que jamás sacia, y a aquel que [ya] poseía en sí cada una de las energías de los [siete] Gobernantes, además de la propia Forma de Dios, sonrió de amor; pues era como si hubiera

visto la imagen de la más bella forma del Hombre sobre su Agua, su sombra sobre su Tierra.

Él, a su vez, contemplando la forma semejante a sí mismo que existía en ella, en su Agua, la amó y quiso habitar en ella; y con la voluntad vino el acto, y [así] vivificó la forma desprovista de razón. Y la Naturaleza tomó el objeto de su amor y se enlazó por completo a su alrededor, y se entrelazaron, pues eran amantes.

⁂

Y por eso, por encima de todas las criaturas de la tierra, el hombre es doble: mortal por causa del cuerpo, pero inmortal por causa del hombre esencial. Aunque inmortal y poseedor de dominio sobre todo, sufre como sufre un mortal, sujeto al Destino. Así, aunque por encima de la Armonía, dentro de la Armonía se ha hecho esclavo. Aunque masculino-femenino, como nacido de un Padre masculino-femenino, y aunque sin sueño, nacido de un [Padre] sin sueño, es vencido [por el sueño].

Entonces [digo yo: Sigue enseñando], oh Mente mía, pues también yo estoy enamorado de la Palabra (Logos). El Pastor dijo: Este es el misterio guardado oculto hasta el día de hoy. La Naturaleza, abrazada por el Hombre, engendró una maravilla, ¡oh, tan maravillosa!

Pues como él tenía la naturaleza de la Armonía de los Siete, que, como te dije, [fueron hechos] de Fuego y Espíritu, la Naturaleza no tardó, sino que al instante engendró siete "hombres", correspondientes a las naturalezas de los Siete, masculino-femeninos y que se movían en el aire.

Entonces [dije yo]: Oh Pastor, ..., pues ahora estoy lleno de gran deseo y anhelo oír; no te alejes. El Pastor dijo: Guarda silencio, pues aún no he desenrollado para ti el primer discurso (logos). He aquí que callo, dije yo.

De este modo, pues, como he dicho, se produjo la generación de estos siete. La Tierra era como mujer, y su Agua estaba llena de deseo; del Fuego tomó la madurez, del Éter el espíritu. La Naturaleza produjo así cuerpos adecuados a la forma del Hombre. Y el Hombre, de Luz y Vida, se transformó en alma y mente: de la Vida en alma, de la Luz en mente. Y así permanecieron todas las partes del mundo sensible hasta el período de su fin y de nuevos comienzos.

Escucha ahora el resto del discurso (Logos) que anhelas oír. Terminado el período, el lazo que los unía a todos fue desatado por la Voluntad de Dios. Pues todos los animales, siendo masculino-femeninos, fueron separados al mismo tiempo que el Hombre; algunos se volvieron en parte masculinos, otros, del mismo modo, [en parte] femeninos.

Y al instante Dios habló por su Santa Palabra (Logos): "Creced en crecimiento y multiplicaos en multitud, todas las criaturas y creaciones; y el hombre que tiene Mente en sí aprenda a conocer que él mismo es inmortal, y que la causa de la muerte es el amor, aunque el Amor lo es todo."

Dichas estas palabras, Su Providencia, por medio del Destino y de la Armonía, realizó sus apareamientos y fundó sus generaciones. Y así todas las cosas se multiplicaron según su especie. Y aquel que así ha aprendido a conocerse a sí mismo ha alcanzado aquel Bien que trasciende la abundancia; pero aquel que, por un amor que extravía, gasta su amor en el cuerpo, ese

permanece vagando en la Tiniebla y sufriendo por los sentidos las cosas de la Muerte.

¿Qué falta tan grande es esa, dije yo, que cometen los ignorantes, para ser privados de la inmortalidad? Pareces, dijo Él, oh tú, no haber prestado atención a lo que oíste. ¿No te mandé pensar? Sí, pienso, y recuerdo, y por eso Te doy gracias. Si has pensado [en ello], [dijo Él], dime: ¿por qué merecen la muerte los que están en la Muerte?

Es porque la Tiniebla sombría es la raíz y la base del cuerpo material; de ella vino la Naturaleza Húmeda; de esta se compuso el cuerpo en el mundo sensible; y de este [cuerpo] la Muerte bebe el Agua.

¡Recto fue tu pensamiento, oh tú! Pero ¿cómo es que "el que se conoce a sí mismo va hacia Él", como ha declarado la Palabra (Logos) de Dios? Y yo respondo: el Padre de todas las cosas consiste en Luz y Vida, y de Él nació el Hombre. Dices bien, hablando [así]. Luz y Vida es el Dios-Padre, y de Él nació el Hombre.

Si, pues, aprendes que tú mismo eres de Vida y Luz, y que [sucede que] estás formado de ellas, volverás otra vez a la Vida. Así habló el Hombre-Pastor. Pero dime además, Mente mía, exclamé yo, cómo he de volver otra vez a la Vida... pues Dios dice: "El hombre que tiene Mente en sí aprenda a conocer que él mismo [es inmortal]."

¿No tienen entonces todos los hombres Mente? Dices bien, oh tú, hablando así. Yo, la Mente, estoy presente junto a los hombres santos y buenos, a los puros y misericordiosos, a los que viven piadosamente. [Para ellos] mi presencia se vuelve una ayuda, y al instante alcanzan la gnosis de

todas las cosas, se ganan el amor del Padre por su vida pura y Le dan gracias, invocando sobre Él bendiciones y entonando himnos, vueltos hacia Él con amor ardiente.

Y antes de entregar el cuerpo a su muerte propia, se apartan con disgusto de sus sensaciones, sabiendo qué cosas producen. Más aún: soy yo, la Mente, quien no dejará que las operaciones que acometen al cuerpo lleguen a su fin [natural]. Pues, siendo el portero, cerraré [todas] las entradas y cortaré las acciones mentales que inducen las energías bajas y malas.

Pero de los que no tienen Mente, de los impíos y depravados, de los envidiosos y codiciosos, de los que cometen asesinato y aman la impiedad, yo estoy lejos, cediendo mi lugar al Daimon Vengador, que, avivando el fuego, lo atormenta, añade fuego al fuego sobre él y se lanza sobre él a través de los sentidos, haciéndolo así más dispuesto a las transgresiones de la ley, de modo que encuentra mayor tormento; y él jamás deja de desear apetitos desordenados, luchando insaciablemente en las tinieblas.

⁂

Bien me has enseñado todo, como yo deseaba, oh Mente. Y ahora, te ruego, háblame además de la naturaleza del Camino hacia lo Alto, tal como es ahora [para mí].

A esto el Hombre-Pastor dijo: Cuando el cuerpo material ha de ser disuelto, primero entregas el propio cuerpo a la obra del cambio, y así la forma que tenías desaparece, y entregas al Daimon tu modo de vida, privado de su energía.

Los sentidos del cuerpo vuelven luego a sus fuentes, separándose, y resurgen como energías; y la pasión y el deseo se retiran a aquella naturaleza que está desprovista de razón.

Y así es como el hombre sigue después su camino hacia lo alto a través de la Armonía. A la primera zona entrega la Energía del Crecimiento y del Menguar; a la segunda [zona], la Maquinación de los Males, [ya] sin energía; a la tercera, el Engaño de los Deseos, sin energía; a la cuarta, su Arrogancia Dominadora, [también] sin energía; a la quinta, la Osadía impía y la Temeridad de la Audacia, sin energía; a la sexta, la Ambición de Riqueza por malos medios, privada de su engrandecimiento; y a la séptima zona, la Mentira que Enreda, sin energía.

Y entonces, despojado de todas las energías de la Armonía, revestido de su propia Potencia, llega a aquella Naturaleza que pertenece a la Octava, y allí, con los que son, canta himnos al Padre.

Los que allí están acogen con alegría su llegada; y él, hecho semejante a los que allí moran, oye además a las Potencias que están por encima de la Naturaleza que pertenece a la Octava, que cantan a Dios sus cánticos de alabanza en un lenguaje propio.

Y entonces ellos, en cortejo, suben al Padre, a su morada; por sí mismos se entregan a las Potencias y, [así] haciéndose Potencias, están en Dios. Este es el buen fin de los que han alcanzado la Gnosis: hacerse uno con Dios. ¿Por qué, pues, habrías de tardar? ¿No es preciso, ya que todo lo has recibido, que muestres el camino a los dignos, para que por ti el género humano sea salvado por [tu] Dios?

Dicho esto, el Hombre-Pastor se mezcló con las Potencias. Pero yo, dando gracias y bendiciones al Padre de las [Potencias] universales, fui liberado, lleno de la potencia que Él había derramado en mí y lleno de lo que me había enseñado sobre la naturaleza del Todo y sobre la más elevada Visión.

Y comencé a predicar a los hombres la Belleza de la Devoción y de la Gnosis: ¡Oh pueblos, gente nacida de la tierra, vosotros que os habéis entregado a la embriaguez, al sueño y a la ignorancia de Dios, sed sobrios ahora, cesad vuestro hartazgo, dejad de estar hechizados por el sueño irracional!

Y cuando oyeron, vinieron todos de común acuerdo. Entonces digo yo: Gente nacida de la tierra, ¿por qué os habéis entregado a la Muerte, cuando aún tenéis el poder de participar de la Inmortalidad? ¡Arrepentíos, vosotros que andáis del brazo con el Error y hacéis de la Ignorancia la compañera de vuestra mesa; salid de la luz de la Tiniebla y tomad parte en la Inmortalidad, abandonad la Destrucción!

Y algunos de ellos, con burlas en los labios, se marcharon [de mí], entregándose al Camino de la Muerte; otros suplicaban ser enseñados, arrojándose a mis pies. Pero yo los hice levantarse y me convertí en guía de la Raza hacia su morada, enseñando las palabras (logoi): cómo y de qué modo serán salvados.

Sembré en ellos las palabras (logoi) de la sabiduría; se les dio a beber del Agua Inmortal. Y cuando llegó la tarde y todos los rayos del sol empezaron a ponerse, les mandé que todos dieran gracias a Dios. Y cuando terminaron de dar gracias, cada uno volvió a su lugar de reposo.

Pero yo grabé en mi corazón el beneficio del Hombre-Pastor y, cumplida toda mi esperanza, me alegré sobremanera. Pues el sueño del cuerpo se volvió el despertar del alma, y el cerrar de los ojos, la verdadera visión; mi silencio, preñado del Bien; y la expresión de mi palabra (logos), engendradora de cosas buenas.

Todo esto me sucedió por mi Mente, es decir, el Hombre-Pastor, la Palabra (Logos) de todo dominio, por quien, inspirado por Dios, llegué a la Llanura de la Verdad. Por eso, con toda mi alma y fuerza, doy gracias al Dios-Padre.

Santo eres Tú, oh Dios, Padre de todas las cosas. Santo eres Tú, oh Dios, cuya Voluntad se realiza por medio de sus propias Potencias. Santo eres Tú, oh Dios, que quieres ser conocido y eres conocido por los Tuyos. Santo eres Tú, que por la Palabra (Logos) hiciste subsistir las cosas que son. Santo eres Tú, de quien toda la Naturaleza ha sido hecha imagen.

Santo eres Tú, cuya Forma la Naturaleza jamás hizo. Santo eres Tú, más poderoso que todo poder. Santo eres Tú, que trasciendes toda excelencia. Santo eres Tú, mejor que toda alabanza. Acepta las puras ofrendas de mi razón, de un alma y un corazón tendidos siempre hacia Ti, oh Tú, inefable, indecible, cuyo Nombre nada sino el Silencio puede expresar.

Escúchame a mí, que ruego para que jamás me falte la Gnosis, [la Gnosis] que es la naturaleza de nuestro ser común; y lléname de Tu Potencia y de esta [Tu] Gracia, para que yo dé la Luz a los que, de la Raza, están en la ignorancia, mis Hermanos y Tus Hijos. Por eso creo y doy testimonio; voy hacia la Vida y la Luz. Bendito eres Tú, oh Padre. Tu Hombre quiere ser

santo como Tú eres santo, así como Tú le diste Tu plena autoridad [para serlo].

Une Sacra · edición 2.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

II. A ASCLEPIO

✦

Hermes: Todo lo que es movido, Asclepio, ¿no es movido en algo y por algo? Asclepio: Ciertamente. H: ¿Y no debe aquello en que es movido ser mayor que lo movido? A: Debe serlo. H: ¿Y lo que mueve tiene, a su vez, mayor poder que lo movido? A: Lo tiene, sin duda. H: ¿Y la naturaleza de aquello en que es movido debe, además, ser completamente otra que la naturaleza de lo movido? A: Debe serlo por completo.

H: ¿Y no es este cosmos inmenso, [tan inmenso] que no existe cuerpo mayor que él? A: Ciertamente. H: ¿Y también macizo, pues está repleto de multitudes de otros cuerpos poderosos, o mejor, de todos los demás cuerpos que existen? A: Lo está. H: ¿Y, sin embargo, el cosmos es un cuerpo? A: Es un cuerpo. H: ¿Y un cuerpo que es movido?

A: Ciertamente. H: ¿De qué tamaño, pues, debe ser el espacio en que es movido, y de qué clase [debe ser] la naturaleza [de ese espacio]? ¿No debe ser mucho más vasto [que el cosmos], para que pueda dar cabida a su curso continuo, de modo que lo movido no quede apretado por falta de espacio y pierda su movimiento? A: Algo, oh Tres Veces Grandísimo, inmensamente vasto ha de ser.

H: ¿Y de qué naturaleza? ¿No debe ser, Asclepio, justamente de la naturaleza contraria? ¿Y no es lo contrario del cuerpo lo incorpóreo? A: De acuerdo. H: El espacio, pues, es incorpóreo. Pero lo incorpóreo debe ser o algo divino o Dios [mismo]. Y por "algo divino" no entiendo lo generable [es decir, lo que es engendrado], sino lo ingénito.

Si, pues, el espacio es algo divino, es sustancial; pero si es Dios [mismo], trasciende la sustancia. Pero debe pensarse de otro modo [que Dios], y de esta manera. Dios es primeramente "pensable" o "inteligible" para nosotros, no para Sí mismo, pues la cosa pensada cae bajo el sentido de quien piensa. Dios, pues, no puede ser "pensable" para Sí mismo, por cuanto es pensado por Sí mismo como no siendo otra cosa que lo que Él piensa. Pero para nosotros Él es "algo otro", y por eso es pensado por nosotros.

Si el espacio, por tanto, ha de ser pensado, [no debe ser pensado como] Dios, sino como espacio. Si Dios también ha de ser pensado, [no debe ser concebido] como espacio, sino como energía capaz de contener [todo el espacio]. Además, todo lo que es movido es movido no en lo movido, sino en lo estable.

Y aquello que mueve [otra cosa] es, sin duda, estacionario, pues es imposible que se mueva junto con ella. A: ¿Cómo es, entonces, oh Tres Veces Grandísimo, que las cosas de aquí abajo son movidas junto con las que [ya] son movidas? Pues dijiste que las esferas errantes eran movidas por la esfera no errante.

H: Esto no es, oh Asclepio, un moverse con, sino un moverse contra; no son movidas unas con otras, sino unas contra otras. Es esta contrariedad la que convierte la resistencia de su movimiento en reposo. Pues esa resistencia es el reposo del movimiento.

Por eso también las esferas errantes, siendo movidas en sentido contrario a la no errante, son movidas unas por otras por mutua contrariedad, [y también] por la esfera estable por medio de la contrariedad misma. Y esto no puede ser de otro modo. Las Osas de allá arriba, es decir, la Osa Mayor y la

Menor, que nunca se ponen ni salen, ¿piensas que reposan o que se mueven?

A: Se mueven, oh Tres Veces Grandísimo. H: ¿Y cuál es su movimiento, mi Asclepio? A: Un movimiento que gira para siempre en torno a lo mismo. H: Pero la revolución, el movimiento en torno a lo mismo, está fijada por el reposo. Pues el "en-torno-a-lo-mismo" detiene el "más-allá-de-lo-mismo".

El "más-allá-de-lo-mismo", pues, al ser detenido, si es afirmado en el "en-torno-a-lo-mismo", lo contrario permanece firme, hecho siempre estable por su contrariedad.

De esto te daré aquí en la tierra un ejemplo que los ojos pueden ver. ¡Observa los animales de aquí abajo, un hombre, por ejemplo, nadando! El agua se mueve, y sin embargo la resistencia de sus manos y pies le da estabilidad, de modo que no es arrastrado con ella ni se hunde por ella. A: Has aducido, oh Tres Veces Grandísimo, un ejemplo clarísimo.

H: Todo movimiento, pues, es causado en el reposo y por el reposo. El movimiento, por tanto, del cosmos (y de todo otro animal hílico, es decir, material) no será causado por cosas exteriores al cosmos, sino por cosas interiores [que se vuelven] hacia el exterior, [cosas] tales como el alma, o el espíritu, o alguna otra cosa incorpórea.

No es el cuerpo el que mueve al ser vivo que hay en él; no, ni siquiera el todo [el cuerpo del universo mueve un cuerpo menor], aunque no haya vida en él.

A: ¿Qué quieres decir con esto, oh Tres Veces Grandísimo? ¿No son, pues, los cuerpos los que mueven el tronco y la piedra y todas las demás cosas in-

animadas? H: De ningún modo, oh Asclepio. El algo-en-el-cuerpo, el aquello-que-mueve la cosa inanimada, eso ciertamente no es un cuerpo, pues mueve a ambos: tanto el cuerpo del que levanta como el del que es levantado.

De modo que una cosa sin vida no moverá otra cosa sin vida. Aquello que mueve [otra cosa] es animado, por cuanto es el motor. Ves, pues, cuán cargada está el alma, pues sola levanta dos cuerpos. Que las cosas movidas, además, son movidas en algo, así como movidas por algo, es claro.

⁂

A: Sí, oh Tres Veces Grandísimo, las cosas movidas han de ser movidas necesariamente en algo vacío. H: ¡Dices bien, oh [mi] Asclepio! Pues nada de las cosas que son está vacío. Solo el "no-es" está vacío [y es] ajeno a la subsistencia. Pues aquello que es subsistente jamás puede volverse vacío.

A: ¿No existen, entonces, oh Tres Veces Grandísimo, cosas como un tonel vacío, por ejemplo, y una jarra vacía, una copa y una tina, y otras cosas semejantes? H: ¡Ay, Asclepio, cuán lejos vagas de la verdad! ¿Piensas que las cosas más llenas y más repletas están vacías?

A: ¿Qué quieres decir, oh Tres Veces Grandísimo? H: ¿No es el aire un cuerpo? A: Lo es. H: ¿Y este cuerpo no penetra todas las cosas y, penetrándolas, no las llena? Y el "cuerpo", ¿no consiste el cuerpo en la mezcla de los "cuatro" elementos? Llenas de aire, pues, están todas las cosas que llamas vacías; y, si de aire, entonces de los "cuatro".

Además, de aquí se sigue lo inverso: todas las cosas que llamas llenas están vacías de aire; pues tienen su espacio ocupado por otros cuerpos y, por

tanto, no pueden recibir el aire en sí. Estas, pues, que dices que están vacías, deberían llamarse huecas, no vacías; pues no solo existen, sino que están llenas de aire y de espíritu.

A: Tu argumento (logos), oh Tres Veces Grandísimo, no puede ser refutado; el aire es un cuerpo. Además, es este cuerpo el que penetra todas las cosas y, penetrándolas, las llena. ¿Cómo hemos de llamar, entonces, a aquel espacio en que se mueve el todo? H: Lo incorpóreo, Asclepio. A: ¿Qué es, pues, lo Incorpóreo?

H: Es Mente y Razón (logos), todo salido del todo, que todo lo abarca en sí, libre de todo cuerpo, libre de todo error, insensible al cuerpo e intocable, afirmado en sí mismo, que todo lo contiene, que conserva las cosas que son, cuyos rayos, para usar una imagen, son el Bien, la Verdad, la Luz más allá de la luz, el Arquetipo del alma. A: ¿Qué es, pues, Dios?

H: Él no es ninguna de estas cosas; pues es Él quien las hace ser, a todas y a cada una y a cada cosa de todas las que son. Ni ha dejado de lado cosa alguna que no sea; sino que todas provienen de las cosas-que-son, y no de las cosas-que-no-son. Pues las cosas-que-no-son no tienen por naturaleza ningún poder de ser cosa alguna, sino que tienen por naturaleza el poder de la incapacidad-de-ser. E, inversamente, las cosas-que-son no tienen la naturaleza de en algún tiempo no-ser.

A: ¿Qué dices, pues, que es Dios? H: Dios, por tanto, no es Mente, sino Causa de que la Mente sea; Dios no es Espíritu, sino Causa de que el Espíritu sea; Dios no es Luz, sino Causa de que la Luz sea. Por eso se debe honrar a Dios con estos dos nombres [el Bien y el Padre], nombres que le pertenecen solo a Él y a nadie más.

Pues ninguno de los otros llamados dioses, ninguno de los hombres ni de los daimones puede ser en medida alguna Bueno, sino solo Dios; y Él solo es Bueno, y nada más. Las demás cosas son todas separables de la naturaleza del Bien; pues [todas las demás] son alma y cuerpo, que no tienen lugar capaz de contener el Bien.

Pues tan poderosa es la Grandeza del Bien como el Ser de todas las cosas que son: tanto cuerpos como cosas incorpóreas, cosas sensibles y cosas inteligibles. No llames, por tanto, Bueno a ninguna otra cosa, pues serías impío; ni llames jamás Dios a cosa alguna sino al Bien únicamente, pues así serías de nuevo impío.

Aunque, pues, todos hablan del Bien, no todos comprenden qué es. No solo, pues, Dios no es comprendido por todos, sino que, por ignorancia, dan el nombre de Bueno tanto a los dioses como a algunos hombres, aunque estos jamás pueden ser ni llegar a ser Buenos.

Pues son muy diferentes de Dios, mientras que el Bien jamás puede distinguirse de Él, pues Dios es lo mismo que el Bien. Los demás inmortales son, aun así, honrados con el nombre de Dios y llamados dioses; pero Dios es Bueno no por cortesía, sino por naturaleza.

Pues la naturaleza de Dios y el Bien son una sola cosa; una sola es la especie de ambos, de la cual [proceden] todas las demás especies. El Bien es el que da todas las cosas y nada recibe. Dios, pues, da todas las cosas y nada recibe. Dios, pues, es el Bien, y el Bien es Dios.

El otro nombre de Dios es Padre, también porque Él es el-que-hace-todas-las-cosas. Lo propio del padre es hacer. Por eso engendrar hijos es cosa muy

grande y muy piadosa en la vida para los que piensan rectamente, y dejar la vida en la tierra sin hijo es un infortunio y una impiedad muy grandes; y el que no tiene hijo es castigado por los daimones después de la muerte.

Y este es el castigo: el alma de aquel hombre que no tiene hijo será condenada a un cuerpo que no tiene naturaleza ni de hombre ni de mujer, cosa maldita bajo el sol. Por eso, Asclepio, no tengas simpatía por el hombre que no tiene hijo, sino más bien compadece su desgracia, sabiendo qué castigo le espera.

Que todo lo que se ha dicho sea para ti, Asclepio, una introducción a la gnosis de la naturaleza de todas las cosas.

Une Sacra · edición 2.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

III. EL SERMÓN SAGRADO

✦

La Gloria de todas las cosas es Dios, la Divinidad y la Naturaleza Divina. Fuente de las cosas que son es Dios, que es a la vez Mente y Naturaleza; sí, Materia, la Sabiduría que revela todas las cosas. Fuente [también] es la Divinidad; sí, Naturaleza, Energía, Necesidad y Fin, y el Hacer-nuevo-otra-vez.

Una Tiniebla sin límites había en el Abismo, y Agua [también], y un Soplo sutil e inteligente; estaban por la Potencia de Dios en el Caos. Entonces surgió la Luz Santa; y se reunieron bajo el Espacio Seco (literalmente: "arena"), a partir de la Esencia Húmeda, los Elementos; y todos los Dioses separan las cosas de la Naturaleza fecunda.

Estando todas las cosas indefinidas y aún sin labrar, las cosas ligeras fueron destinadas a la altura; las pesadas tuvieron sus cimientos asentados debajo de la parte húmeda del Espacio Seco, siendo las cosas universales delimitadas por el Fuego y suspendidas en el Soplo para sostenerlas.

Y el Cielo fue visto en siete círculos; sus Dioses eran visibles en formas de estrellas con todos sus signos; mientras la Naturaleza tenía sus miembros articulados junto con los Dioses que hay en ella. Y la periferia [del Cielo] giraba en curso cíclico, llevada por el Soplo de Dios.

Y cada Dios, por su propia potencia, produjo lo que le había sido asignado. Así surgieron los cuadrúpedos, los reptiles, los que viven en el agua, los se-

res alados, y todo lo que da semilla, la hierba y el brote de toda flor, todos teniendo en sí la semilla del volver-a-ser.

Y [los Dioses] escogieron los nacimientos de los hombres para la gnosis de las obras de Dios y testimonio de la energía de la Naturaleza; la multitud de los hombres, para el dominio sobre todo lo que está bajo el cielo y la gnosis de sus bendiciones, para que crecieran en crecimiento y se multiplicaran en multitud; y toda alma encarnada por la revolución de los Dioses Cíclicos, para la observación de las maravillas del Cielo y de la revolución de los Dioses del Cielo, y de las obras de Dios y de la energía de la Naturaleza, como señales de sus bendiciones, para la gnosis de la potencia de Dios, a fin de que conocieran los destinos que siguen a las [acciones] buenas y malas y aprendieran la obra ingeniosa de todas las buenas artes.

[Así] empieza su vivir y su hacerse sabios, según el destino fijado por la revolución de los Dioses Cíclicos, y su morir para ese fin. Y habrá sobre la tierra poderosos memoriales de las obras de sus manos, que dejarán una huella borrosa cuando los ciclos se renueven.

Pues todo nacimiento de carne animada, y del fruto de la semilla, y toda obra de las manos, aunque se corrompa, ha de renovarse necesariamente, tanto por la renovación de los Dioses como por el girar de la rueda rítmica de la Naturaleza.

Pues, mientras la Divinidad es el eterno renovar de la mezcla cósmica por la Naturaleza, la propia Naturaleza está también co-establecida en esa Divinidad.

Une Sacra · edición 2.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

IV. LA COPA O LA MÓNADA

✦

Hermes: Con la Razón (Logos), no con las manos, el Hacedor del Mundo hizo el Mundo universal; de modo que debes pensar en él como estando en todas partes y siendo para siempre, el Autor de todas las cosas, Uno y Único, que por su Voluntad ha creado todos los seres.

Este Cuerpo suyo es cosa que nadie puede tocar, ni ver, ni medir; un cuerpo sin extensión, semejante a ningún otro. No es Fuego ni Agua, ni Aire ni Soplo; y, no obstante, todos ellos proceden de él. Ahora bien, siendo Bueno, quiso consagrar este [Cuerpo] solo a Sí mismo, y poner en orden y adornar su Tierra.

Así envió abajo [a la Tierra] el Cosmos de este Cuerpo Divino: el hombre, una vida que no puede morir, y no obstante una vida que muere. Y sobre [todas las otras] vidas y sobre el Cosmos [también] sobresalió el hombre por causa de la Razón (Logos) y de la Mente. Pues el hombre se hizo contemplador de las obras de Dios; se maravilló y se esforzó por conocer a su Autor.

La Razón (Logos), en efecto, oh Tat, la distribuyó Él entre todos los hombres, pero la Mente todavía no; no porque se la niegue a nadie por envidia, pues la envidia no procede de Él, sino que tiene su lugar abajo, en las almas de los hombres que no tienen Mente. Tat: ¿Por qué entonces, oh padre, Dios no concedió a todos una parte de la Mente? H: Quiso, hijo mío, que estuviera puesta en medio para las almas, como si fuera un premio.

T: ¿Y dónde la puso? H: Llenó con ella una gran Copa y la envió abajo, uniéndole un Heraldo, a quien mandó hacer a los corazones de los hombres esta proclamación: ¡Bautízate con el bautismo de esta Copa, tú, corazón que puedes hacerlo; tú que tienes fe en que puedes subir hasta aquel que envió la Copa; tú que sabes para qué has venido a ser!

Todos, pues, los que comprendieron el mensaje del Heraldo y se sumergieron en la Mente se hicieron partícipes de la Gnosis; y cuando "recibieron la Mente", fueron hechos "hombres perfectos". Pero los que no comprenden el mensaje, esos, por poseer [solo] la ayuda de la Razón y no la Mente, ignoran por qué han venido a ser y por obra de quién.

Los sentidos de tales hombres son como los de las criaturas irracionales; y como toda su constitución está en los sentimientos y en los impulsos, les falta toda apreciación (literalmente: "no se maravillan") de aquellas cosas que realmente merecen contemplación.

Estos centran todo su pensamiento en los placeres del cuerpo y en sus apetitos, creyendo que es por causa de él que el hombre ha venido a ser. Pero los que han recibido alguna parte del don de Dios, esos, Tat, si los juzgamos por sus obras, han alcanzado la liberación de los lazos de la Muerte; pues abarcan en su propia Mente todas las cosas: las cosas de la tierra, las cosas del cielo y las cosas que están por encima del cielo, si algo hay.

Y, habiéndose elevado tan alto, divisan el Bien; y, habiéndolo divisado, consideran su permanencia aquí un infortunio; y, desdeñándolo todo, tanto las cosas corpóreas como las incorpóreas, apresuran su camino hacia aquel Uno y Único.

Esta es, oh Tat, la Gnosis de la Mente, Visión de las cosas Divinas; es el conocimiento de Dios, pues la Copa es de Dios. T: Padre, también yo quiero ser bautizado. H: Si primero no odias tu Cuerpo, hijo, no puedes amar tu Yo. Pero, si amas tu Yo, tendrás la Mente, y, teniendo la Mente, participarás de la Gnosis. T: Padre, ¿qué quieres decir?

H: No es posible, hijo mío, entregarte a ambos, quiero decir, a las cosas que perecen y a las cosas divinas. Pues, visto que las cosas existentes son dos, Cuerpo e Incorpóreo, en las cuales se entienden lo perecedero y lo divino, al hombre que tiene voluntad de elegir le queda la elección de uno u otro; pues jamás pueden encontrarse los dos.

Y en aquellas almas a quienes se deja la elección, el menguar de uno hace aparecer el crecimiento del otro.

Ahora bien, la elección de lo Mejor no solo resulta la suerte más bella para quien la hace, ya que hace del hombre un Dios, sino que también muestra su piedad hacia Dios. Mientras que la [elección] de lo Peor, aunque destruye al "hombre", solo perturba la armonía de Dios en la medida en que, así como los cortejos pasan por el medio del camino sin poder hacer otra cosa que quitar el paso a los demás, así también tales hombres desfilan en cortejo por el mundo, llevados por los placeres de sus cuerpos.

Siendo así, oh Tat, lo que viene de Dios ha sido y será nuestro; pero aquello que depende de nosotros, que avance y no se demore, pues no es Dios, somos nosotros la causa de las cosas malas, prefiriéndolas a las buenas.

Ves, hijo, por cuántos cuerpos hemos de pasar, cuántos son los coros de los daimones, cuán vasto el sistema de los cursos de los astros [por los que pasa

nuestro Camino], para apresurarnos hacia el Dios Uno y Único. Pues para el Bien no hay otra orilla; no tiene límites; no tiene fin; y para Sí mismo tampoco tiene principio, aunque para nosotros parezca tener uno: la Gnosis.

Por eso para Él la Gnosis no es principio; antes bien, es [la Gnosis la que nos da] el primer principio de que Él sea conocido. Aferrémonos, pues, al principio, y pasemos deprisa por todo [lo que hemos de atravesar].

Es muy difícil dejar las cosas a las que nos hemos acostumbrado, que salen al encuentro de nuestra mirada por todos lados, y volvernos hacia el Antiguo, Antiguo [Camino]. Las apariencias nos deleitan, mientras que las cosas que no aparecen hacen difícil creer en ellas.

Ahora bien, los males son las cosas más aparentes, mientras que el Bien jamás puede mostrarse a los ojos, pues no tiene forma ni figura. Por eso el Bien es semejante solo a Sí mismo y desemejante de todas las demás cosas; pues es imposible que Aquello que no tiene cuerpo se haga aparente a un cuerpo.

La superioridad de lo "Semejante" sobre lo "Desemejante" y la inferioridad de lo "Desemejante" ante lo "Semejante" consiste en esto: la Unidad, siendo Fuente y Raíz de todo, está en todas las cosas como Raíz y Fuente. Sin [esta] Fuente nada existe; mientras que la Fuente [misma] no procede de nada sino de sí misma, ya que es Fuente de todo lo demás.

Ella es su propia Fuente, pues no puede tener otra Fuente. La Unidad, pues, siendo Fuente, contiene todo número, pero no es contenida por ninguno; engendra todo número, pero no es engendrada por ningún otro.

Ahora bien, todo lo que es engendrado es imperfecto, es divisible, sujeto a crecer y a disminuir; pero en el [Uno] Perfecto nada de esto se da. Ahora bien, aquello que puede crecer crece a partir de la Unidad, pero sucumbe por su propia debilidad cuando ya no puede contener al Uno.

Y ahora, oh Tat, la Imagen de Dios ha sido esbozada para ti, tanto como es posible; y si la meditas atentamente y la observas con los ojos de tu corazón, créeme, hijo, encontrarás el Camino que lleva a lo alto; más aún, esa Imagen se convertirá ella misma en tu Guía, porque la Visión [Divina] tiene este [encanto] particular: retiene firmemente y atrae hacia sí a los que logran abrir los ojos, así como, dicen, el imán [atrae] el hierro.

Une Sacra · edición 2.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

V. AUNQUE NO MANIFIESTO, DIOS ES LO MÁS MANIFIESTO

✦

También este sermón (logos), oh Tat, te contaré, para que dejes de estar privado de los misterios del Dios que está más allá de todo nombre. Y fíjate bien cómo aquello que a la mayoría le parece no manifiesto se volverá para ti lo más manifiesto. Ahora bien, si fuera manifiesto, no sería.

Pues todo lo que se hace manifiesto está sujeto al devenir, pues ha sido hecho manifiesto. Pero lo No Manifiesto es para siempre, pues no desea hacerse manifiesto. Él es siempre, y hace manifiestas todas las demás cosas. Siendo Él mismo no manifiesto, como quien siempre es y siempre hace manifiesto, Él mismo no es hecho manifiesto.

Dios no es hecho; por el pensar-manifiesto, es decir, por el pensar hasta la manifestación, piensa manifiestas todas las cosas. Ahora bien, el "pensar-manifiesto" atañe solo a las cosas hechas, pues el pensar-manifiesto no es otra cosa que hacer.

Él, pues, el único que no es hecho, está, es claro, más allá de todo poder del pensar-manifiesto, y es no manifiesto. Y como piensa manifiestas todas las cosas, se manifiesta a través de todas las cosas y en todas, y sobre todo en aquellas en que quiere manifestarse.

Tú, pues, Tat, hijo mío, ruega primero a nuestro Señor y Padre, el Uno-y-Único, de quien procede el Uno, que te muestre su misericordia, para que tengas el poder de captar un pensamiento de este Dios tan poderoso, un

solo rayo de Él que brille en tu pensar. Pues solo el pensamiento "ve" lo No Manifiesto, por cuanto él mismo es no manifiesto.

Si, pues, tienes el poder, Él, Tat, se manifestará a los ojos de tu mente. El Señor no se niega a cosa alguna, sino que se manifiesta a través del mundo entero. Tienes el poder de tomar el pensamiento, de verlo y de asirlo con tus propias "manos", y de contemplar cara a cara la Imagen de Dios.

Pero si aun lo que está dentro de ti es para ti no manifiesto, ¿cómo, pues, Él mismo, que está dentro de ti, se hará manifiesto para ti por medio de los ojos [exteriores]?

Pero si quieres "verlo", piensa en el sol, piensa en el curso de la luna, piensa en el orden de las estrellas. ¿Quién es el Uno que vela sobre ese orden? Pues todo orden tiene sus límites marcados por el lugar y el número. El sol es el mayor dios de los dioses del cielo, a quien todos los dioses celestes ceden el lugar como a un rey y señor.

Y él, tan grande, mayor que la tierra y el mar, consiente en tener por encima de sí, girando, estrellas más pequeñas que él. ¿Por respeto a Quién, o por temor a Quién, hijo mío, [hace él esto]? Ni semejante ni igual es el curso que cada una de estas estrellas describe en el cielo. ¿Quién [entonces] es Aquel que marca el modo de su curso y su extensión?

La Osa de allá arriba, que gira sobre sí misma y lleva consigo alrededor el cosmos entero, ¿quién es el dueño de este instrumento? ¿Quién es Aquel que puso al mar sus límites? ¿Quién es Aquel que asentó la tierra en su lugar? Pues, Tat, hay alguien que es el Hacedor y el Señor de todas estas cosas.

No podría ser que el número, el lugar y la medida se conservaran sin alguien que los hiciera. Ningún orden podría ser hecho por aquello que carece de lugar y de medida; no, ni siquiera eso está sin señor, hijo mío. Pues, si lo desordenado carece de algo, por no ser señor del camino del orden, también él está bajo un señor: aquel que aún no le ha fijado el orden.

¡Ojalá te fuera posible procurarte alas, y volar por el aire y, suspendido a medio camino entre la tierra y el cielo, contemplar la solidez de la tierra, la fluidez del mar (el correr de sus aguas), la amplitud del aire, la rapidez del fuego, [y] el curso de los astros, la rapidez del circuito del cielo alrededor [de todos ellos]! Visión bienaventurada sería, hijo mío, ver todas estas cosas bajo un solo gobierno: lo inmóvil en movimiento, y lo no manifiesto hecho manifiesto; por lo cual se hace este orden del cosmos y el cosmos de orden que vemos.

Si quieres verlo también a través de las cosas que sufren la muerte, tanto en la tierra como en el abismo, piensa, hijo mío, en cómo el hombre es formado en el vientre, y examina con rigor el arte de Aquel que lo forma, y aprende quién forma esta bella y divina imagen del Hombre. ¿Quién [entonces] es Aquel que traza los círculos de los ojos? ¿Quién es Aquel que perfora las narices y los oídos? ¿Quién es Aquel que abre [el portal de] la boca? ¿Quién es Aquel que extiende y ata los nervios? ¿Quién es Aquel que abre los cauces de las venas? ¿Quién es Aquel que endurece los huesos? ¿Quién es Aquel que cubre la carne con la piel? ¿Quién es Aquel que separa los dedos y las articulaciones? ¿Quién es Aquel que ensancha la planta para los pies? ¿Quién es Aquel que excava los conductos? ¿Quién es Aquel que extiende el bazo? ¿Quién es Aquel que da al corazón la forma de una pirámide? ¿Quién es Aquel que junta las costillas? ¿Quién es Aquel

que ensancha el hígado? ¿Quién es Aquel que hace los pulmones semejantes a una esponja? ¿Quién es Aquel que hace que el vientre se dilate tanto? ¿Quién es Aquel que hace prominentes las partes más honrosas, para que sean vistas, mientras esconde de la vista las de menor honra?

¡Mira cuántas artes [empleadas] en una sola materia, cuántos trabajos en un solo esbozo; y todos sumamente bellos, y todos en medida perfecta, y sin embargo todos diversos! ¿Quién los hizo a todos? ¿Qué madre, o qué padre, sino Dios solo, el no manifiesto, que hizo todas las cosas por su Voluntad?

Y nadie dice que una estatua o una pintura llega a existir sin un escultor o [sin] un pintor; ¿existiría [entonces] una obra como esta sin un Obrero? ¡Qué profundidad de ceguera, qué profunda impiedad, qué profundidad de ignorancia! ¡Mira, [pues,] hijo Tat, que jamás prives a las obras de su Obrero! Antes bien, Él es mayor que todos los nombres, tan grande es Él, el Padre de todas ellas. Pues en verdad Él es el Único, y esta es su obra: ser padre.

Así, si me obligas a hablar con alguna osadía, su ser consiste en concebir todas las cosas y en hacer[las]. Y así como sin su hacedor es imposible que algo exista, así también Él no es siempre, a no ser que siempre haga todas las cosas, en el cielo, en el aire, en la tierra, en el abismo, en todo el cosmos, en cada parte de todo, de lo que es y de lo que no es.

Pues no hay nada en todo el mundo que no sea Él. Él es Él mismo, tanto las cosas que son como las cosas que no son. Las cosas que son, Él las ha hecho manifiestas; las cosas que no son, las guarda en Sí mismo.

Él es el Dios más allá de todo nombre; Él, el no manifiesto; Él, el más manifiesto; Él, a quien solo la mente puede contemplar; Él, visible [también] a los ojos; Él es el de ningún cuerpo, el de muchos cuerpos, o mejor, Él es de todo cuerpo. Nada hay que Él no sea. Pues todas las cosas son Él, y Él es todas las cosas.

Y por eso tiene todos los nombres, por cuanto son de un solo Padre. Y por eso Él mismo no tiene nombre, por cuanto es Padre de todas [ellas]. ¿Quién, pues, podrá cantarte la alabanza de Ti, o [la alabanza] a Ti? ¿Hacia dónde, además, he de volver mis ojos para cantar Tu alabanza: arriba, abajo, dentro, fuera?

No hay camino, no hay lugar a Tu alrededor, ni ninguna otra de las cosas que son. Todas [están] en Ti; todas [vienen] de Ti, oh Tú que das todo y nada recibes, pues todo lo tienes y nada hay que no tengas.

¿Y cuándo, oh Padre, Te cantaré himnos? Pues nadie puede apresar Tu hora ni Tu tiempo. ¿Y por qué, además, cantaré el himno? ¿Por las cosas que hiciste, o por las que no hiciste? ¿Por las cosas que hiciste manifiestas, o por las que ocultaste? ¿Cómo, además, Te cantaré? ¿Como siendo de mí mismo? ¿Como teniendo algo mío? ¿Como siendo otro?

Pues Tú eres todo lo que yo pueda ser; Tú eres todo lo que yo pueda hacer; Tú eres todo lo que yo pueda decir. Pues Tú eres todo, y nada más hay que Tú no seas. Tú eres todo aquello que existe, y eres lo que no existe: Mente cuando piensas, Padre cuando haces, Dios cuando energizas, y Bien y Hacedor de todas las cosas.

Pues la parte más sutil de la materia es el aire; del aire, el alma; del alma, la mente; y de la mente, Dios.

Une Sacra · edición 2.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

VI. SOLO EN DIOS ESTÁ EL BIEN, Y EN NINGUNA OTRA PARTE

✦

El Bien, oh Asclepio, no está en ningún otro sino solo en Dios; o mejor, el Bien es Dios mismo eternamente. Si así es, [el Bien] debe ser esencia, libre de toda clase de movimiento y de devenir (aunque nada está libre de Él), poseedor de una energía estable en torno a Sí, nunca de menos ni de más, una provisión siempre llena. [Aunque] uno, [es] fuente de todo; pues lo que provee a todo es el Bien.

Cuando digo, además, que [provee] completamente [a todo], es para siempre Bueno. Pero esto no pertenece a ningún otro sino solo a Dios. Pues Él no tiene necesidad de cosa alguna, de modo que, deseándola, llegara a ser malo; ni puede perder cosa alguna de las cosas que son, cuya pérdida Le hiciera sufrir; pues el dolor es parte del mal.

Ni hay algo superior a Él que Lo pudiera someter; ni algún igual a Él que Le hiciera injusticia, o [de modo que] Él se enamorara por su causa; ni algo que no Le preste oído, contra lo que Él se irritara; ni algo más sabio, a quien Él envidiara.

Ahora bien, como todas estas cosas no existen en su ser, ¿qué queda sino el Bien solamente? Pues, así como nada de malo se encuentra en tal Ser trascendente, así tampoco en ninguno de los demás se encontrará el Bien.

Pues en ellos están todas las otras cosas, es decir, las que no son el Bien, tanto en lo pequeño como en lo grande, tanto en cada uno por separado

como en este ser vivo que es mayor que todos ellos y el más poderoso [de ellos], es decir, el cosmos. Pues las cosas sujetas al nacimiento abundan en pasiones, siendo el nacimiento mismo pasible.

Pero donde hay pasión, en ninguna parte hay Bien; y donde está el Bien, en ninguna parte hay una sola pasión. Pues donde es de día, en ninguna parte es de noche; y donde es de noche, el día no está en ninguna parte. Por eso en el devenir el Bien jamás puede estar, sino solo en lo ingénito.

Pero, ya que la participación en todas las cosas ha sido concedida a la materia, así también ella participa del Bien. De este modo el Cosmos es Bueno: en la medida en que hace todas las cosas, en cuanto al hacer es Bueno, pero en todas las demás cosas no es Bueno. Pues es pasible y sujeto al movimiento, y hacedor de cosas pasibles.

Mientras que en el hombre el bien se determina por más o menos de mal. Pues lo que no es demasiado malo aquí abajo es bueno, y el bien aquí abajo es la menor parte del mal.

No puede ser, por tanto, que el bien aquí abajo esté completamente limpio de mal, pues aquí abajo el bien está manchado por el mal; y, estando manchado, ya no permanece bueno, y, no permaneciendo, se transforma en mal. Solo en Dios, por tanto, está el Bien, o mejor, el Bien es Dios mismo.

Así, Asclepio, solo el nombre del Bien se encuentra en los hombres; la cosa misma, en ninguna parte [en ellos], pues eso jamás puede ser. Pues ningún cuerpo material Lo contiene, cosa cercada por todos lados por el mal, por trabajos, dolores, deseos y pasiones, por el error y por pensamientos necios.

Y el mayor mal de todos, Asclepio, es que cada una de estas cosas antes dichas es tenida aquí abajo por el mayor bien. Y lo que es un mal todavía mayor es la gula, el error que conduce la banda de todos los demás males, la cosa que nos hace apartarnos aquí abajo del Bien.

Y yo, por mi parte, doy gracias a Dios por haber puesto en mi mente, acerca de la Gnosis del Bien, que jamás puede ser que Él esté en el mundo. Pues el mundo es la "plenitud" del mal, pero Dios es la plenitud del Bien, y el Bien, de Dios.

Las excelencias de lo Bello están en torno a la esencia misma [del Bien]; más aún, parecen demasiado puras, demasiado sin mezcla; quizá sean ellas mismas Sus esencias. Pues uno puede atreverse a decir, Asclepio (si, en verdad, Él tiene esencia), que la esencia de Dios es lo Bello; y lo Bello es, además, también el Bien. No hay Bien que pueda obtenerse de los objetos del mundo.

Pues todas las cosas que caen bajo los ojos son imágenes y como pinturas; mientras que las que no se ofrecen [a los ojos son las realidades], especialmente la [esencia] de lo Bello y del Bien. Así como el ojo no puede ver a Dios, tampoco puede contemplar lo Bello y el Bien.

Pues son partes integrantes de Dios, unidas solo a Él, compañeros inseparables, los más amados, de los cuales Dios mismo está enamorado, o ellos de Dios.

Si puedes concebir a Dios, concebirás lo Bello y el Bien, que trascienden la Luz, hechos más luminosos que la Luz por Dios. Aquella Belleza está más allá de toda comparación, inimitable aquel Bien, así como Dios mismo.

Así, pues, como concibes a Dios, concibe lo Bello y el Bien. Pues no pueden unirse a ninguna de las demás cosas que viven, ya que jamás pueden ser separados de Dios. Si buscas a Dios, buscas lo Bello. Uno solo es el Camino que conduce a Él: la Devoción unida a la Gnosis.

Y así es como los que no conocen ni recorren el Camino de la Devoción se atreven a llamar al hombre bello y bueno, aunque jamás, ni siquiera en sus visiones, haya visto un ápice de lo que es Bueno, sino que está envuelto en toda clase de mal, y piensa que el mal es bueno, y así hace de él uso incesante, e incluso teme que le sea quitado, esforzándose al máximo no solo por conservarlo, sino incluso por aumentarlo. Tales son las cosas que los hombres llaman buenas y bellas, Asclepio: cosas que no podemos rehuir ni odiar; pues lo más difícil de todo es que las necesitamos y sin ellas no podemos vivir.

Une Sacra · edición 2.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

VII. EL MAYOR MAL ENTRE LOS HOMBRES ES LA IGNORANCIA DE DIOS

✦

¿Adónde tropezáis, ebrios, que habéis bebido el vino de la ignorancia y no podéis soportarlo a tal punto que ya hasta lo vomitáis? ¡Deteneos, sed sobrios, mirad hacia lo alto con los [verdaderos] ojos del corazón! ¡Y si no podéis todos, al menos vosotros que podéis! Pues el mal de la ignorancia se derrama sobre toda la tierra y anega el alma encerrada dentro del cuerpo, impidiéndole alcanzar el puerto en los fondeaderos de la Salvación.

No os dejéis, pues, arrastrar por la feroz corriente, sino que, usando la corriente de la orilla (literalmente: "contracorriente" o "corriente que sube"), vosotros que podéis, dirigíos al puerto de la Salvación y, fondeando allí, buscad a alguien que os tome de la mano y os conduzca a las puertas de la Gnosis.

Allí brilla la Luz clara, pura de toda tiniebla; allí ninguna alma está ebria, sino que todos, sobrios, contemplan con los ojos del corazón a Aquel que quiere ser visto. Ningún oído puede oírlo, ni ojo verlo, ni lengua hablar de Él, sino [solo] la mente y el corazón.

Pero primero debes arrancar de ti el manto que vistes: la tela de la ignorancia, el fundamento del mal, la cadena de la corrupción, el caparazón de la tiniebla, la muerte viva, el cadáver sensible, la tumba que llevas contigo, el ladrón en tu casa, que por las cosas que ama te odia y por las cosas que odia te tiene rencor.

Tal es el manto odioso que vistes, que te estrangula [y te mantiene] sujeto a él, para que no mires hacia lo alto y, habiendo visto la Belleza de la Verdad y el Bien que en ella habita, no detestes el mal que hay en él, habiendo descubierto la trama que ha urdido contra ti, al dejar sin sentido aquellas cosas aparentes que los hombres creen sentidos. Pues los ha taponado con la masa de la materia y los ha llenado de repugnante lujuria, para que no oigas las cosas que deberías oír, ni veas las cosas que deberías ver.

Une Sacra · edición 2.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

VIII. QUE NINGUNA DE LAS COSAS EXISTENTES PERECE, SINO QUE LOS HOMBRES POR ERROR LLAMAN A SUS CAMBIOS DESTRUCCIONES Y MUERTES

✦

[Hermes:] Acerca del Alma y del Cuerpo, hijo, debemos hablar ahora: de qué modo el Alma es inmortal y de dónde viene la actividad de componer y de disolver el Cuerpo.

Pues no hay muerte para ninguna de las cosas [que son]; el pensamiento que esta palabra transmite o está vacío de realidad o, [simplemente] por la supresión de una sílaba, aquello que se llama "muerte" está por "inmortal". Pues la muerte es destrucción, y nada en el Cosmos es destruido.

Pues si el Cosmos es el segundo Dios, una vida (o ser vivo) que no puede morir, no puede ser que alguna parte de esta vida inmortal muera. Todas las cosas del Cosmos son partes del Cosmos, y sobre todo el hombre, el animal racional.

Pues, en verdad, el primero de todos, eterno y trascendiendo el nacimiento, es Dios, el Hacedor de todas las cosas. El segundo es aquel "a su imagen", el Cosmos, traído al ser por Él, sostenido y alimentado por Él, hecho inmortal, como por su propio Padre, viviendo para siempre, como siempre libre de la muerte.

Ahora bien, aquello que vive para siempre difiere de lo Eterno; pues Él no ha sido traído al ser por otro, y, aunque hubiera sido traído al ser, no lo ha sido por Sí mismo, sino que está siempre siendo traído al ser. Pues lo Eterno, por cuanto es eterno, es el todo. El Padre es Él mismo eterno por Sí mismo, pero el Cosmos se ha hecho eterno e inmortal por el Padre.

Y de la materia guardada bajo él (es decir, bajo el cosmos) el Padre hizo un cuerpo universal y, comprimiéndola, la hizo esférica, envolviendo con ella la vida, [una esfera] que es inmortal en sí misma y que hace eterna la materialidad.

Pero Él, el Padre, lleno de sus ideas, sembró las vidas (o seres vivos) en la esfera y las encerró como en una caverna, queriendo ordenar la vida con toda clase de vivientes. Así, con la inmortalidad envolvió el cuerpo universal, para que la materia no quisiera separarse de la composición del cuerpo y así disolverse en su propio desorden [original].

Pues la materia, hijo, cuando aún era incorpórea (es decir, aún no formada en cuerpos), estaba en desorden. Y aún conserva aquí abajo esta [naturaleza del desorden], envolviendo al resto de las pequeñas vidas (o seres vivos): ese crecer-y-disminuir que los hombres llaman muerte.

Es en torno a las vidas terrestres donde existe este desorden. Pues los cuerpos de los seres celestes conservan un orden que les fue asignado por el Padre como regla; y es por la restauración de cada uno [de ellos] como este orden se conserva indisoluble.

La "restauración" de los cuerpos en la tierra es, así, su composición, mientras que su disolución los restituye a aquellos cuerpos que jamás pueden

ser disueltos, es decir, que no conocen la muerte. Se produce, así, una privación de los sentidos, no una pérdida de los cuerpos.

Ahora bien, la tercera vida, el Hombre, hecho a imagen del Cosmos, [y] poseedor de mente, según la voluntad del Padre, por encima de todas las vidas terrestres, no solo tiene afinidad de sentimiento con el segundo Dios (es decir, el Cosmos), sino que también tiene concepción del primero; pues del primero es sensible como de un cuerpo, mientras que al otro lo concibe como incorpóreo y la Mente Buena.

Tat: ¿Entonces esta vida no perece? Hermes: ¡Silencio, hijo! Y comprende qué es Dios, qué [es] el Cosmos, qué es una vida que no puede morir y qué es una vida sujeta a la disolución. Sí, comprende que el Cosmos es por Dios y en Dios; pero el Hombre, por el Cosmos y en el Cosmos. La fuente, el límite y la constitución de todas las cosas es Dios.

Une Sacra · edición 2.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

IX. SOBRE EL PENSAMIENTO Y EL SENTIDO

✦

Di ayer el Sermón (Logos) Perfecto, Asclepio; hoy creo justo, como continuación de él, recorrer punto por punto el Sermón sobre el Sentido. Ahora bien, sentido y pensamiento parecen diferir, por cuanto el primero tiene que ver con la materia, y el segundo con la sustancia. Pero a mí ambos me parecen ser uno solo y no diferir; en los hombres, quiero decir.

En las otras vidas o seres vivos, el sentido es uno con la Naturaleza; pero en los hombres, el pensamiento. Ahora bien, la mente difiere del pensamiento tanto como Dios difiere de la divinidad. Pues la divinidad llega a ser por Dios, y el pensamiento por la mente, el pensamiento hermano de la palabra (logos), y ambos instrumentos uno del otro.

Pues ni la palabra (logos) encuentra expresión sin el pensamiento, ni el pensamiento se manifiesta sin la palabra.

Así, sentido y pensamiento fluyen juntos en el hombre, como si estuvieran entrelazados uno con otro. Pues ni sin sentir se puede pensar, ni sin pensar sentir. Pero es posible [dicen] pensar una cosa aparte del sentido, como los que imaginan visiones en sueños.

Pero a mí me parece que ambas actividades ocurren en la visión del sueño, y que el sentido pasa del estado de sueño al de vigilia. Pues el hombre está dividido en alma y cuerpo, y solo cuando los dos lados de su sentido con-

cuerdan entre sí se produce la expresión del pensamiento concebido por la mente.

Pues es la mente la que concibe todos los pensamientos: buenos pensamientos cuando recibe las semillas de Dios, sus contrarios cuando [las recibe] de los daimónicos; no habiendo parte del Cosmos libre de daimon, que furtivamente se insinúa en el daimon iluminado por la luz de Dios, es decir, en el alma humana, y siembra en él la semilla de su propia energía. Y la mente concibe la semilla así sembrada: adulterio, asesinato, parricidio, [y] sacrilegio, impiedad, [y] estrangulamientos, despeñamientos, y todas las demás acciones semejantes, que son obra de los daimones malos.

Las semillas de Dios, es verdad, son pocas, pero vastas y bellas y buenas: la virtud, el dominio de sí, la devoción. La devoción es la gnosis de Dios; y quien conoce a Dios, estando lleno de todas las cosas buenas, piensa pensamientos divinos, y no pensamientos como los de la mayoría. Por eso los que son gnósticos no agradan a la mayoría, ni la mayoría a ellos.

Son tenidos por locos y escarnecidos; son odiados y despreciados, y a veces incluso muertos. Pues dijimos que el mal ha de habitar necesariamente en la tierra, donde está en su propio lugar. Su lugar es la tierra, y no el Cosmos, como algunos dicen a veces con lengua impía. Pero aquel que es devoto de Dios lo soportará todo, una vez que haya sentido la Gnosis.

Pues para tal hombre todas las cosas, aunque para otros sean malas, son para él buenas; deliberadamente las refiere todas a la Gnosis. Y, cosa maravillosísima, solo él hace buenas las cosas malas.

Pero vuelvo una vez más al Discurso (Logos) sobre el Sentido. Que el sentido participe del pensamiento en el hombre es lo que lo constituye hombre. Pero no es [todo] hombre, como dije, el que se beneficia del pensamiento; pues este hombre es material, aquel otro, sustancial.

Pues el hombre material, como dije, [asociado] al mal, recibe su semilla de pensamiento de los daimones; mientras que los hombres sustanciales, [asociados] al Bien, son salvados por Dios.

Ahora bien, Dios es el Hacedor de todas las cosas y, al hacerlas, las hace todas [al fin] semejantes a Sí; pero ellas, mientras se hacen buenas por el ejercicio de su actividad, son cosas improductivas. Es la operación del Curso Cósmico la que hace que sus devenires sean lo que son, manchando a algunos de ellos con el mal y purificando a otros con el bien.

Pues también el Cosmos, Asclepio, posee un sentido-y-pensamiento propio, no como el del hombre; no tan múltiple, sino, por así decir, mejor y más simple.

El único sentido-y-pensamiento del Cosmos es hacer todas las cosas y rehacerlas de nuevo en sí mismo, como Órgano de la Voluntad de Dios, organizado de tal modo que, recibiendo en sí todas las semillas de Dios y guardándolas dentro de sí, pueda hacerlo todo manifiesto y [luego], disolviéndolas, hacerlas todas nuevas otra vez; y así, como un Buen Jardinero de la Vida, toma para sí las cosas que han sido disueltas y les da de nuevo renovación. No hay cosa a la que no dé vida; sino que, tomándolo todo para sí, lo hace vivir todo, y es al mismo tiempo el Lugar de la Vida y su Creador.

Ahora bien, los cuerpos [hechos] de materia son diversos. Unos son de tierra, otros de agua, otros de aire y otros de fuego. Pero todos son compuestos; unos son más [compuestos], otros más simples. Los más pesados son más [compuestos], los más ligeros, menos. Es la rapidez del Curso del Cosmos la que produce la multiplicidad de las especies de nacimientos. Pues, siendo un Soplo rapidísimo, confiere a los cuerpos sus cualidades junto con el Pleroma Único: el de la Vida.

Dios, pues, es Padre del Cosmos; el Cosmos, de todo lo que está en el Cosmos. Y el Cosmos es Hijo de Dios; pero las cosas del Cosmos existen por el Cosmos. Y con propiedad ha sido llamado Cosmos [Orden]; pues ordena todas las cosas con su diversidad de nacimiento, no dejando cosa alguna sin vida, con la incansabilidad de su actividad, la rapidez de su necesidad, la composición de sus elementos y el orden de sus criaturas.

El mismo, pues, por necesidad y por propiedad, debería tener el nombre de Orden. El sentido-y-pensamiento, pues, de todas las vidas les viene de fuera, inspirado por aquello que [las] contiene [a todas]; mientras que el Cosmos los recibe de una vez por todas junto con su venir a ser, y los guarda como don de Dios.

Pero Dios no está, como algunos suponen, fuera del alcance del sentido-y-pensamiento. Es por superstición por lo que los hombres hablan así impíamente. Pues todas las cosas que son, Asclepio, todas están en Dios, son traídas al ser por Dios y dependen de Él: tanto las cosas que actúan por medio de los cuerpos, como las que por medio de la sustancia del alma hacen mover [otras cosas], como las que hacen vivir las cosas por medio del espíritu, como las que toman para sí las cosas desgastadas.

Y con razón; o mejor, diría que Él no tiene estas cosas; pero digo la verdad: Él es Él mismo todas ellas. No las recibe de fuera, sino que las da [de Sí]. Este es el sentido-y-pensamiento de Dios: mover siempre todas las cosas.

Y jamás habrá tiempo en que ni siquiera un ápice de las cosas que son deje de ser; y cuando digo "un ápice de las cosas que son", quiero decir un ápice de Dios. Pues las cosas que son, Dios las tiene; ni hay cosa alguna sin Él, ni [está] Él sin cosa alguna.

Estas cosas deberán parecerte verdaderas, Asclepio, si las comprendes; pero, si no las comprendes, cosas increíbles. Comprender es creer; no creer es no comprender. Mi palabra (logos) va delante [de ti] hasta la verdad. Pero poderosa es la mente, y, después de haber sido conducida por la palabra hasta cierto punto, tiene el poder de llegar antes [que tú] a la verdad.

Y, habiendo reflexionado sobre todas estas cosas y habiéndolas hallado concordes con las que ya han sido interpretadas por la razón, [ya ahora] ha creído y ha encontrado reposo en aquella Bella Fe. Para los que, pues, por [buena ayuda de] Dios comprenden las cosas que [por nosotros] se han dicho arriba, son dignas de crédito; pero para los que no las comprenden, increíbles. Baste, pues, esto sobre el pensamiento-y-sentido.

Une Sacra · edición 2.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

X. LA LLAVE

✦

Hermes: Mi discurso (logos) de ayer te lo dediqué a ti, Asclepio, y por eso es [solo] justo que dedique el de hoy a Tat; y tanto más porque es el resumen de los Sermones (Logos) Generales que le fueron dirigidos.

"Dios, Padre y el Bien", pues, Tat, tienen la misma naturaleza, o, más exactamente, energía. Pues la naturaleza es un predicado del crecimiento y se dice de las cosas que cambian, tanto móviles como inmóviles, es decir, tanto humanas como divinas, cada una de las cuales Él quiere que exista.

Pero la energía consiste en otra cosa, como mostramos al tratar del resto, tanto de las cosas divinas como de las humanas; cosa que debemos tener presente al tratar del Bien.

La energía de Dios es, pues, su Voluntad; además, su esencia es querer el ser de todas las cosas. Pues ¿qué es "Dios y Padre y el Bien" sino el "ser" de todas las cosas que aún no son? Más aún: la subsistencia misma de todo lo que es; esto, pues, es Dios, esto es el Padre, esto es el Bien; a Él nada se añade de todo lo demás.

Y aunque el Cosmos, es decir, el Sol, sea también él mismo padre de los que participan de él, no por eso es la causa del bien para los seres vivos; ni siquiera es la causa de su vivir. De modo que, aun si es padre, lo es completamente por fuerza de la Buena Voluntad del Bien, sin la cual ni el ser ni el devenir podrían jamás existir.

Además, el progenitor es la causa de los hijos, tanto por parte del padre como de la madre, solo por participar del deseo del Bien [que se derrama] a través del Sol. Es el Bien el que hace la creación. Y tal poder no puede ser poseído por ningún otro sino por Él solo, que nada recibe, sino que quiere que todas las cosas sean; no diré, Tat, "hace".

Pues el hacedor es deficiente durante largos períodos (en los que a veces hace y a veces no hace), tanto en la cualidad como en la cantidad [de lo que hace]; por cuanto a veces las hace en tal número y de tal clase, y a veces al contrario. Pero "Dios y Padre y el Bien" es [causa] de que todas las cosas sean. Así son, al menos, estas cosas para los que pueden ver.

Pues Él quiere ser, y es a la vez Él mismo y sobre todo por causa de Sí mismo. En verdad, todas las demás cosas existen solo por causa de Él; pues el rasgo distintivo del Bien es "que sea conocido". Tal es el Bien, oh Tat.

Tat: Nos has llenado, oh padre, tan plenamente de esta visión tan buena y tan bella, que por ella el ojo de mi mente se ha vuelto ahora para mí casi cosa digna de adoración.

Pues la visión del Bien no fulgura como fuego sobre los ojos, como el rayo del sol, haciéndolos cerrar; antes, al contrario, brilla y hace crecer la visión del ojo, tanto como un hombre tiene capacidad de recibir el influjo del resplandor que solo la mente puede ver.

No solo desciende a nosotros más deprisa, sino que no nos hace daño alguno, y está colmada de toda la vida inmortal.

Los que pueden beber de esta Visión algo más que los otros con frecuencia se duermen fuera del cuerpo en este Espectáculo bellísimo, como fue el

caso de Urano y Cronos, nuestros antepasados. ¡Que sea esta también nuestra suerte, oh padre mío! Hermes: ¡Sí, que lo sea, hijo mío!

Pero, tal como estamos, aún no estamos afinados para la Visión, y aún no tenemos el poder de abrir el ojo de nuestra mente y contemplar la Belleza del Bien, Belleza que nada puede jamás corromper ni nadie comprender. Pues solo entonces Lo contemplarás, cuando no puedas decir palabra alguna acerca de Él. Pues la Gnosis del Bien es silencio santo y un dar descanso a todos los sentidos.

Pues el que Lo percibe no puede percibir otra cosa; ni el que Lo contempla, contemplar otra cosa; ni oír otra cosa, ni mover el cuerpo de ningún modo. Deteniendo todos los sentidos y todos los movimientos del cuerpo, queda inmóvil. Y entonces, brillando en torno a toda su mente, Él brilla a través de toda su alma y la saca del cuerpo, transformándolo todo en esencia.

Pues es posible, hijo mío, que el alma de un hombre se haga semejante a Dios, aun mientras está todavía en un cuerpo, si contempla la Belleza del Bien.

Tat: ¿Hacerse semejante a Dios? ¿Qué quieres decir, padre? Hermes: De cada alma separada hay transformaciones, hijo. Tat: ¿Qué quieres decir? ¿Separada? Hermes: ¿No oíste, en los Sermones Generales, que de una sola Alma, el Alma del Todo, vienen todas estas almas que son hechas girar por todo el cosmos, como si de ella hubieran sido divididas?

De estas almas, pues, es de las que hay muchos cambios, unos hacia una suerte más feliz y otros hacia lo [justamente] contrario. Así, las que eran

reptiles se transforman en seres que habitan el agua; las almas de los seres acuáticos se cambian en habitantes de la tierra; las que viven en la tierra se cambian en seres alados; y las almas que viven en el aire se cambian en hombres, mientras que las almas humanas alcanzan el primer peldaño de la inmortalidad, transformadas en daimones.

Y así giran hasta el coro de los Dioses No Errantes; pues de los Dioses hay dos coros, uno No Errante y el otro Errante. Y esta es la gloria más perfecta del alma.

Pero si un alma, al entrar en el cuerpo de un hombre, persiste en su vicio, no gusta la inmortalidad ni participa del Bien; sino que, volviendo apresuradamente atrás, toma el camino que lleva a los reptiles. Esta es la sentencia del alma viciosa. Y el vicio del alma es la ignorancia.

Pues el alma que no tiene conocimiento de las cosas que son, ni de su naturaleza, ni del Bien, queda cegada por las pasiones del cuerpo y es zarandeada de un lado a otro. Esta alma miserable, no sabiendo lo que es, se hace esclava de cuerpos de forma extraña, en triste estado, llevando el cuerpo como una carga; no como quien gobierna, sino como quien es gobernado. Esta [ignorancia] es el vicio del alma.

Pero, por otra parte, la virtud del alma es la Gnosis. Pues el que conoce es bueno y piadoso, y, aún en la tierra, divino. Tat: Pero ¿quién es tal hombre, oh padre mío? Hermes: El que no habla mucho ni presta oído a mucho. Pues quien gasta el tiempo en discutir y en oír discusiones lucha con sombras. Pues "Dios, el Padre y el Bien" no se alcanza por el habla ni por el oído.

Y, sin embargo, aunque así sea, hay sentidos en todos los seres, por cuanto no pueden existir sin sentidos. Pero la Gnosis es muy diferente del sentido. Pues el sentido es producido por aquello que tiene dominio sobre nosotros, mientras que la Gnosis es el fin, es decir, la meta, de la ciencia, y la ciencia es don de Dios.

⁂

Toda ciencia es incorpórea, siendo la mente el instrumento que usa, así como la mente usa el cuerpo. Ambas, pues, entran en los cuerpos, [quiero decir] tanto las cosas cognoscibles solo por la mente como las cosas materiales. Pues todas las cosas han de consistir en antítesis y contrariedad; y esto no puede ser de otro modo.

Tat: ¿Quién es, pues, este Dios material del que hablas? Hermes: El Cosmos es bello, pero no es bueno, pues es material y libremente pasible; y, aunque es el primero de todas las cosas pasibles, está, no obstante, en el segundo rango del ser y es carente en sí mismo.

Y, aunque él mismo jamás tiene su nacimiento en el tiempo, sino que es siempre, su ser está en el devenir, haciéndose para siempre la génesis de las cualidades y las cantidades; pues es móvil y génesis de todo movimiento material.

Es el reposo inteligible el que mueve de este modo el movimiento material, ya que el Cosmos es una esfera, es decir, una cabeza. Y nada de la cabeza, arriba, es material, así como nada de los pies, abajo, es inteligible, sino todo material. Y la cabeza misma se mueve de modo esférico, es decir, como una cabeza debe moverse, es mente.

Todas las cosas, pues, que están unidas al "tejido" de esta "cabeza" (en el cual está el alma) son por naturaleza libres de la muerte, así como, cuando el cuerpo ha sido hecho en el alma, son cosas que tienen más alma que cuerpo.

Mientras que aquellas cosas que están a mayor distancia de este "tejido" de allí, donde están las cosas que tienen mayor parte de cuerpo que de alma, son por naturaleza sujetas a la muerte. El todo, no obstante, es una vida; de modo que el universo consiste tanto de lo hílico como de lo inteligible.

Además, el Cosmos es el primero de los seres vivos, y el hombre es el segundo después de él, aunque el primero de las cosas sujetas a la muerte. El hombre tiene en sí la misma potencia animadora que todos los demás seres vivos; y, sin embargo, no solo no es bueno, sino que es incluso malo, por cuanto está sujeto a la muerte. Pues, aunque el Cosmos tampoco es bueno, por sufrir movimiento, no es malo, por no estar sujeto a la muerte. Pero el hombre, por estar sujeto tanto al movimiento como a la muerte, es malo.

Ahora bien, los principios del hombre son vehiculados de este modo: la mente en la razón (logos), la razón en el alma, el alma en el espíritu o, mejor, en los espíritus vitales, y el espíritu en el cuerpo. El espíritu, penetrando [el cuerpo] por medio de las venas, las arterias y la sangre, confiere movimiento al ser vivo y, en cierto modo, lo sostiene.

Por eso algunos piensan que el alma es la sangre, porque se equivocan sobre su naturaleza, no sabiendo que [en la muerte] es el espíritu el que debe primero retirarse al alma, y entonces la sangre se coagula y las venas y arterias se vacían, y después el ser vivo, o la vida, es retirado; y esta es la muerte del cuerpo.

Ahora bien, de una sola Fuente dependen todas las cosas, mientras que la Fuente [depende] del Uno y Único. La Fuente, además, es movida para volver a ser Fuente, mientras que el Uno permanece perpetuamente y no es movido. Tres, pues, son ellos: "Dios, el Padre y el Bien", el Cosmos y el hombre. Dios contiene el Cosmos; el Cosmos [contiene] al hombre. El Cosmos es para siempre el Hijo de Dios; el hombre es, por así decir, hijo del Cosmos.

No es que, sin embargo, Dios ignore al hombre; antes bien, lo conoce muy bien y quiere ser conocido. Esta es la única salvación para el hombre: la Gnosis de Dios. Este es el Camino que sube a la Montaña. Solo por Él el alma se hace buena, no unas veces buena y otras mala, sino [buena] por necesidad. Tat: ¿Qué quieres decir, oh Tres Veces Grandísimo?

Hermes: Mira el alma de un niño, hijo mío, que aún no está separada, porque su cuerpo es todavía pequeño y no ha llegado a su pleno volumen. Tat: ¿Cómo? Hermes: ¡Cosa completamente bella es [tal alma] de ver, aún no manchada por las pasiones del cuerpo, todavía casi suspendida del Alma Cósmica!

Pero cuando el cuerpo crece en volumen y arrastra al alma hacia su masa, entonces el alma se separa y trae sobre sí el olvido, y ya no participa de lo Bello y del Bien. Y este olvido se vuelve vicio.

Lo mismo ocurre con los que salen del cuerpo. Pues cuando el alma se retira a sí misma, el espíritu se contrae dentro de la sangre, y el alma dentro del espíritu. Y entonces la mente, despojada de sus envolturas y divina por naturaleza, tomando para sí un cuerpo de fuego, recorre todo el espacio, después de abandonar el alma a su juicio y al castigo que haya merecido.

Tat: ¿Qué quieres decir con esto, padre? ¿La mente se separa del alma, y el alma del espíritu? Mientras que dijiste que el alma era la vestidura de la mente, y el espíritu la del alma.

Hermes: El oyente, hijo, debe pensar con quien habla y respirar con él; más aún, debe tener un oído más sutil que la voz de quien habla. Es, hijo, en un cuerpo hecho de tierra donde se da esta disposición de las vestiduras. Pues en un cuerpo hecho de tierra es imposible que la mente se asiente por sí misma, en su desnudez.

Pues ni es posible, por una parte, que el cuerpo terrestre contenga tanta inmortalidad, ni, por otra, que una virtud tan grande soporte un cuerpo pasible en contacto tan estrecho con ella. Toma, pues, el alma como una especie de envoltura. Y el alma misma, siendo también cosa divina, usa el espíritu como envoltura, mientras el espíritu penetra al ser vivo.

Cuando, pues, la mente se libera del cuerpo terrestre, se reviste enseguida de su propia vestidura de fuego, con la cual no podría habitar en un cuerpo terrestre. Pues la tierra no soporta el fuego; pues se incendia toda incluso por una pequeña chispa.

Y por eso el agua está derramada alrededor de la tierra, para ser guardia y muralla, para mantener alejado el incendio del fuego. Pero la mente, la más rápida de todas las emanaciones del pensamiento divino, y más rápida que todos los elementos, tiene por cuerpo el fuego.

Pues la mente, siendo constructora, usa el fuego como herramienta para la construcción de todas las cosas: la Mente de todo [para la construcción] de todas las cosas, pero la del hombre solo para las cosas de la tierra. Despojada

de su fuego, la mente en la tierra no puede hacer cosas divinas, pues es humana en su condición.

⁂

El alma en el hombre, sin embargo (no toda alma, sino la que es piadosa), es algo daimónico y divino. Y tal alma, cuando es liberada del cuerpo, si ha combatido el combate de la piedad (el combate de la piedad es conocer a Dios y no hacer mal a hombre alguno), se vuelve completamente mente.

Mientras que el alma impía permanece en su propia esencia, castigada por sí misma, y buscando un cuerpo terrestre donde entrar, con tal que sea humano. Pues ningún otro cuerpo puede contener un alma humana; ni es justo que alguna alma humana caiga en el cuerpo de un ser que no posee razón. Pues la ley de Dios es esta: guardar al alma humana de tan tremendo ultraje.

Tat: ¿Cómo, padre, es castigada entonces el alma de un hombre? Hermes: ¿Qué castigo mayor puede haber, hijo, para cualquier alma humana, que la falta de piedad? ¿Qué fuego tiene una llama tan feroz como la falta de piedad? ¿Qué fiera voraz despedaza tanto el cuerpo como la falta de piedad despedaza la propia alma? ¿No ves qué multitudes de males soporta el alma impía?

Grita y chilla: ¡Me quemo; estoy en llamas; no sé qué gritar ni qué hacer; ay de mí, miserable, soy devorada por todos los males que me rodean; ay, pobre de mí, no veo ni oigo! Tales son los gritos arrancados a un alma castigada; y no, como piensa la mayoría y como tú, hijo, supones, que el alma

[de un hombre], al salir del cuerpo, se transforma en un animal. Eso es un error gravísimo, pues el modo en que un alma sufre castigo es este:

Cuando la mente se convierte en daimon, la ley exige que tome un cuerpo de fuego para ejecutar los servicios de Dios; y, entrando en el alma más impía, la azota con látigos hechos de sus pecados. Y entonces el alma impía, azotada por sus pecados, se sumerge en asesinatos, ultrajes, blasfemias, violencias de toda clase y todas las demás cosas por las que la humanidad es dañada.

Pero sobre el alma piadosa la mente sube y la guía hacia la Luz de la Gnosis. Y tal alma jamás se cansa de cánticos de alabanza [a Dios] y de derramar bendiciones sobre todos los hombres, y de hacer el bien a todos de palabra y de obra, a imitación de su Padre.

Por eso, hijo mío, debes alabar a Dios y rogar que tu mente sea Mente Buena. Es, pues, a un estado mejor adonde pasa el alma; a uno peor no puede. Además, hay un trato entre las almas: las de los dioses tratan con las de los hombres, y las de los hombres con las almas de las criaturas que no poseen razón.

Los superiores, además, tienen a su cargo a los inferiores: los dioses cuidan de los hombres, los hombres de los animales irracionales, mientras que Dios tiene a su cargo a todos; pues Él es superior a todos, y todos son menores que Él. El Cosmos está sujeto, pues, a Dios; el hombre, al Cosmos; y los irracionales, al hombre.

Pero Dios está por encima de todos, y Dios los contiene a todos. Los rayos de Dios, para usar una imagen, son sus energías; los del Cosmos son las na-

turalezas; las artes y las ciencias son los del hombre.

Las energías actúan a través del Cosmos y de ahí, a través de los rayos-naturaleza del Cosmos, sobre el hombre; los rayos-naturaleza [actúan] a través de los elementos; el hombre [actúa] a través de las ciencias y las artes.

Esta es la disposición del universo, que depende de la naturaleza del Uno y penetra [todas las cosas] por medio de la Mente, de la cual nada hay más divino ni de mayor energía; y nada es medio mayor para unir a los hombres con los dioses y a los dioses con los hombres. Ella, [la Mente,] es el Buen Daimon.

Bienaventurada el alma que más está llena de Ella, y miserable el alma vacía de la Mente. Tat: Padre, ¿qué quieres decir, de nuevo? Hermes: ¿Piensas, pues, hijo, que toda alma tiene la [Mente] Buena? Pues es de Ella de quien hablamos, no de la mente a cuyo servicio hablábamos hace poco, la mente enviada para el castigo [del alma].

Pues el alma sin la mente "no puede hablar ni actuar". Pues muchas veces la mente deja el alma, y en ese tiempo el alma ni ve ni comprende, sino que es como una cosa que no tiene razón. Tal es el poder de la mente. Y, sin embargo, no soporta un alma perezosa, sino que deja a tal alma atada al cuerpo y fuertemente sujeta por él.

Tal alma, hijo mío, no tiene Mente; y por eso tal ser no debería ser llamado hombre. Pues el hombre es un ser vivo, o animal, divino; el hombre no se mide con el resto de las vidas de las cosas de la tierra, sino con las vidas de allá arriba, en el cielo, que son llamadas dioses.

Más aún, si hemos de decir osadamente la verdad, el verdadero "hombre" está incluso por encima de los dioses, o, por lo [menos], los dioses y los hombres son en todo iguales en poder unos a otros.

Pues ninguno de los dioses del cielo bajará a la tierra, traspasando el límite del cielo; mientras que el hombre sube al cielo y lo mide; sabe qué cosas de él son altas y qué cosas son bajas, y aprende con precisión todas las demás cosas además de esas. Y, cosa mayor que todas: sin siquiera dejar la tierra, sube a las alturas. Tan vasto es el alcance de su éxtasis.

Por eso un hombre puede atreverse a decir que el hombre en la tierra es un dios sujeto a la muerte, mientras que el dios en el cielo es un hombre inmune a la muerte. Por eso la disposición de todas las cosas se realiza por medio de estos dos, el Cosmos y el Hombre, pero por el Uno.

Une Sacra · edición 2.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XI. LA MENTE A HERMES

✦

Mente: Domina, pues, este sermón (logos), Hermes Tres Veces Grandísimo, y guarda en la memoria las palabras dichas; y, como Me ha sido dado hablar, no tardaré más. Hermes: Como muchos hombres dicen muchas cosas, y diversas, sobre el Todo y el Bien, no he aprendido la verdad. ¡Hazla, pues, clara para mí, oh Maestro mío! Pues solo puedo confiar en la explicación de estas cosas que viene de Ti.

Mente: Oye [pues], hijo mío, cómo están Dios y el Todo. Dios; Eón; Cosmos; Tiempo; Devenir. Dios hace el Eón; el Eón, el Cosmos; el Cosmos, el Tiempo; y el Tiempo, el Devenir, o Génesis.

El Bien (lo Bello, la Sabiduría, la Bienaventuranza) es, por así decir, la esencia de Dios; del Eón, la esencia es la Identidad; del Cosmos, el Orden; del Tiempo, el Cambio; y del Devenir, la Vida y la Muerte.

Las energías de Dios son la Mente y el Alma; del Eón, la permanencia y la inmortalidad; del Cosmos, la restauración y su opuesto; del Tiempo, el aumento y la disminución; y del Devenir, la cualidad. El Eón está, pues, en Dios; el Cosmos, en el Eón; en el Cosmos, el Tiempo; en el Tiempo, el Devenir.

El Eón permanece firme en torno a Dios; el Cosmos es movido en el Eón; el Tiempo tiene sus límites, o se cumple, en el Cosmos; el Devenir deviene en el Tiempo.

La fuente, por tanto, de todo es Dios; su esencia, el Eón; su materia, el Cosmos. La potencia de Dios es el Eón; la obra del Eón es el Cosmos, que jamás ha llegado a ser, y no obstante siempre llega a ser por el Eón.

Por eso el Cosmos jamás será destruido, pues el Eón es indestructible; ni perece un ápice de las cosas del Cosmos, pues el Cosmos está envuelto por el Eón por todos los lados. Hermes: Pero la Sabiduría de Dios, ¿qué es? Mente: El Bien y lo Bello, y la Bienaventuranza, y la Virtud entera, y el Eón. El Eón, pues, ordena [el Cosmos], confiriendo inmortalidad y permanencia a la materia.

Pues su principio depende del Eón, como el Eón depende de Dios. Ahora bien, la Génesis, o Devenir, y el Tiempo, en el Cielo y sobre la Tierra, son de dos naturalezas. En el Cielo son inmutables e indestructibles, pero en la Tierra están sujetos al cambio y a la destrucción. Además, el alma del Eón es Dios; el alma del Cosmos es el Eón; el alma de la Tierra, el Cielo.

Y Dios está en la Mente; y la Mente, en el Alma; y el Alma, en la Materia; y todos ellos por medio del Eón. Pero todo este Cuerpo, en el cual están todos los cuerpos, está lleno de Alma; y el Alma está llena de Mente, y la Mente, de Dios. Ella (es decir, el Alma) lo llena (es decir, el Cuerpo del Cosmos) por dentro y por fuera lo envuelve, haciendo vivir al Todo.

Por fuera, esta Vida vasta y perfecta [envuelve] el Cosmos; por dentro, [lo] llena [de] todas las vidas; arriba, en el Cielo, permaneciendo en la identidad; abajo, en la Tierra, cambiando el devenir.

Y el Eón conserva este [Cosmos], ya sea por la Necesidad, ya por la Providencia, ya por la Naturaleza, ya por lo que un hombre suponga o llegue a

suponer. Y todo esto es Dios energizando. La Energía de Dios es una Potencia que nada puede jamás superar, una Potencia con la cual nadie puede comparar cosa humana alguna, ni cosa divina.

Por eso, oh Hermes, nunca pienses que alguna de las cosas de arriba o de las cosas de abajo es semejante a Dios, pues caerás fuera de la verdad. Pues nada es semejante a Aquel que no tiene semejante y es Solo y Uno. Y nunca pienses que algún otro pueda poseer Su potencia; pues ¿qué hay, aparte de Él, de vida, de inmortalidad y de cambio de cualidad?

Pues ¿qué otra cosa habría Él de hacer? Dios no está inactivo, pues [entonces] todas las cosas carecerían de actividad; pues todas están llenas de Dios. Pero ni en el Cosmos, en ninguna parte, ni en ninguna otra cosa hay inacción. Pues "inacción" es un nombre que no puede aplicarse ni a lo que hace ni a lo que es hecho.

Pero todas las cosas han de ser hechas; tanto siempre hechas como también conforme a la influencia de cada lugar. Pues Aquel que hace está en todas ellas; no establecido en alguna de ellas, ni haciendo una sola cosa, sino haciéndolas todas. Pues, siendo Potencia, energiza en las cosas que hace y no es independiente de ellas, aunque las cosas que hace Le estén sujetas.

Contempla ahora, a través de Mí, el Cosmos que está ahora sujeto a tu vista; observa atentamente su Belleza: un Cuerpo en pura perfección, aunque no hay otro más antiguo, siempre en la flor de la vida y siempre joven, ¡o mejor, en una flor cada vez más plena!

¡Mira, además, los siete Mundos sujetos, ordenados por el orden del Eón y cumpliendo el Eón con su curso variado! ¡[Mira cómo] todas las cosas [es-

tán] llenas de luz, y en ninguna parte [hay] fuego; pues es el amor y la mezcla de los contrarios y de los desemejantes lo que da nacimiento a la luz que desciende brillando por la energía de Dios, el Padre de todo bien, el Conductor de todo orden y el Gobernante de las siete ordenaciones del mundo! ¡[Mira] la Luna, precursora de todos ellos, instrumento de la naturaleza y transmutadora de su materia inferior! ¡[Mira] la Tierra puesta en medio del Todo, cimiento del Cosmos Bello, alimentadora y nodriza de las cosas de la Tierra! Y contempla la multitud de las vidas inmortales, cuán grande es, y la de las vidas sujetas a la muerte; y en medio, entre ambas, las [vidas] inmortales y las mortales, [mira] la Luna que gira.

⁂

Y todas están llenas de alma, y todas son movidas por ella, cada una a su modo; unas en torno al Cielo, otras en torno a la Tierra; [mira] cómo las de la derecha no [se mueven] hacia la izquierda, ni las de la izquierda hacia la derecha; ni las de arriba hacia abajo, ni las de abajo hacia arriba.

Y que todas ellas están sujetas a la Génesis, queridísimo Hermes mío, ya no necesitas aprenderlo de Mí. Pues son cuerpos, tienen almas y son movidas. Pero es imposible que se reúnan en una unidad sin alguien que las reúna [a todas]. Ha de ser, pues, que tal ser sea alguien que es completamente Uno.

Pues, siendo diferentes los muchos movimientos de [todas] ellas, y no siendo semejantes sus cuerpos, y habiéndose ordenado, no obstante, una sola velocidad para todas, es imposible que haya dos o más hacedores para ellas. Pues un solo orden no se mantiene entre "los muchos"; sino que vendrá la rivalidad de los más débiles con los más fuertes, y lucharán.

Y si el hacedor de las vidas que sufren cambio y muerte fuera otro que el hacedor de las inmortales, desearía hacer también las inmortales; así como el hacedor de las inmortales [desearía hacer las vidas] que sufren la muerte. ¡Pero vamos! Si hubiera dos (si la materia es una y el Alma es una), ¿en manos de quién estaría la distribución para el hacer? Y si ambos tuvieran parte de ella, ¿en manos de quién estaría la parte mayor?

Pero concíbelo, pues, así: que todo cuerpo vivo consiste en alma y materia, ya sea [ese cuerpo] de una [vida] inmortal, ya mortal, ya irracional. Pues todos los cuerpos vivos están animados; mientras que, por otra parte, los que no viven son materia por sí sola.

Y, de modo semejante, el Alma, cuando está en sí misma, es, después de su propio hacedor, causa de vida; pero la causa de toda vida es Aquel que hace las cosas que no pueden morir. Hermes: ¿Cómo es, pues, primero, que las vidas sujetas a la muerte son otras que las inmortales?

Y, después, ¿cómo es que la Vida que no conoce la muerte y hace la inmortalidad no hace inmortales a los animales?

Mente: Primero, que hay alguien que hace estas cosas es claro; y, después, que Él es también Uno es muy manifiesto. Pues también el Alma es una, y la Vida es una, y la Materia, una. Hermes: Pero ¿quién es Él? Mente: ¿Quién podría ser sino el Dios Uno? ¿A quién más le correspondería poner Alma en las vidas sino solo a Dios?

Uno, pues, es Dios. ¡Sería ciertamente ridiculísimo que, confesando tú que el Cosmos es uno, el Sol uno, la Luna una y la Divinidad una, quisieras que Dios mismo fuera uno u otro de una multitud!

Todas las cosas, por tanto, las hace Él, de muchos [modos]. ¿Y qué gran cosa es para Dios hacer la vida, el alma, la inmortalidad y el cambio, cuando tú [mismo] haces tantas cosas? Pues ves, hablas, oyes, hueles, gustas, tocas, andas, piensas y respiras. Y no es un hombre el que huele, otro el que anda, otro el que piensa y [aún] otro el que respira.

Sino que uno solo es el que hace todas estas cosas. Y, sin embargo, ninguna de ellas podría existir aparte de Dios. Pues, así como, si dejaras de hacerlas, ya no serías un ser vivo, así también, si Dios dejara de hacerlas (cosa que no es lícito decir), ya no sería Dios.

Pues, si se ha mostrado que cosa alguna puede estar [inactiva], ¿cuánto menos Dios? Pues si hay algo que Él no hace (si es lícito decirlo), es imperfecto. Pero si Él no solo no está inactivo, sino que es [Dios] perfecto, entonces hace todas las cosas.

Entrégate a Mí, Hermes mío, por un poco, y comprenderás más fácilmente cómo la obra de Dios es una sola, para que todas las cosas sean: las que están siendo hechas, o que una vez fueron, o que han de ser hechas. Y esto, amado mío, es la Vida; esto es lo Bello; esto es el Bien; esto, Dios.

Y si quieres comprender en la práctica [esta obra], mira lo que sucede contigo cuando deseas engendrar. Y, no obstante, esto no es semejante a aquello, pues Él no goza. Pues en verdad Él no tiene otro que participe de lo que Él obra, pues, obrando por Sí mismo, está siempre en obra, siendo Él mismo lo que hace.

Pues, si Él se separara de ella, todas las cosas [entonces] se derrumbarían, y todo moriría, cesando la Vida. Pero si todas las cosas son vidas, y también la

Vida es una, entonces uno es Dios.

Y, además, si todas son vidas, tanto las del Cielo como las de la Tierra, y una sola Vida en todas ellas es hecha ser por Dios, y Dios es ella (es decir, Dios es la Vida Una), entonces todas son hechas por Dios. La Vida es el hacerse-uno de la Mente y del Alma; por consiguiente, la Muerte no es la destrucción de los que están unidos, sino la disolución de su unión.

El Eón, además, es imagen de Dios; el Cosmos, del Eón; el Sol, del Cosmos; y el Hombre, [la imagen] del Sol. El pueblo llama al cambio muerte, porque el cuerpo se disuelve, y la vida, cuando él se disuelve, se retira a lo no manifiesto.

Pero en este sermón (logos), Hermes, amado mío, como oyes, digo que el Cosmos también sufre cambio (pues una parte de él es hecha cada día estar en lo no manifiesto), y no obstante jamás se disuelve. Estas son las pasiones del Cosmos: revoluciones y ocultamientos; la revolución es conversión, y el ocultamiento, renovación.

⁂

El Cosmos tiene todas las formas, no teniendo formas exteriores a sí, sino cambiándolas él mismo dentro de sí. Ya que, pues, el Cosmos es hecho tener todas las formas, ¿qué podrá ser su hacedor? Pues, por una parte, Él no debería estar desprovisto de toda forma; y, por otra, si tiene todas las formas, será semejante al Cosmos.

Mientras que, si tiene una sola forma, será por eso menor que el Cosmos. ¿Qué diremos, pues, que Él es? Para no llevar nuestro sermón (logos) a la duda; pues nada de lo que la mente concibe de Dios es dudoso. Él tiene,

pues, una sola idea, que es solo suya, que no cae bajo la vista, siendo incorpórea, y [sin embargo] por medio de los cuerpos manifiesta todas [las ideas]. Y no te maravilles de que haya una idea incorpórea.

Pues es como la forma de la razón (logos) y las cumbres de las montañas en las pinturas. Pues parecen destacarse fuertemente del resto, pero en realidad son completamente lisas y planas. ¡Y considera ahora lo que se dice con más osadía, pero con más verdad! Así como el hombre no puede vivir aparte de la Vida, así tampoco Dios puede vivir sin hacer el bien. Pues esta es, por así decir, la vida y el movimiento de Dios: mover todas las cosas y hacerlas vivir.

Ahora bien, algunas de las cosas dichas deben tener un sentido propio. Comprende así, por ejemplo, lo que voy a decir. Todas las cosas están en Dios, [pero] no como yaciendo en un lugar. Pues el lugar es un cuerpo e inmóvil, y las cosas que yacen no tienen movimiento. Ahora bien, las cosas yacen de un modo en lo incorpóreo y de otro en el ser hechas manifiestas.

Piensa, [pues,] en Aquel que las contiene todas; y piensa que nada es más abarcador que lo incorpóreo, ni más rápido, ni más poderoso, sino que es lo más abarcador, lo más rápido y lo más poderoso de todo.

Y así, piensa a partir de ti mismo, y manda a tu alma ir a cualquier tierra, y allí estará más deprisa que tu orden. Y mándala viajar hasta el océano; y allí, de nuevo, estará inmediatamente, no como quien pasa de lugar en lugar, sino como quien ya está allí.

Y mándala también subir al cielo; y no necesitará alas, ni cosa alguna la impedirá, ni el fuego del sol, ni el éter, ni el torbellino, ni los cuerpos de los

demás astros; sino que, atravesándolos todos, subirá hasta el último Cuerpo [de todos]. Y si quisieras romper también este y contemplar lo que está más allá (si algo hay más allá del Cosmos), eso te está permitido.

¡Mira qué potencia, qué rapidez tienes! ¿Y puedes hacer todas estas cosas, y Dios no [las haría]? Entonces, conoce a Dios de este modo: como teniendo en Sí todas las cosas como pensamientos, el Cosmos entero mismo. Si, pues, no te haces semejante a Dios, no puedes conocerlo. Pues lo semejante es cognoscible [solo] por lo semejante.

Hazte, [pues,] crecer hasta la misma estatura de la Grandeza que trasciende toda medida; salta fuera de todo cuerpo; trasciende todo tiempo; hazte Eternidad (literalmente, Eón); y [así] conocerás a Dios. No concibiendo nada como imposible para ti, piénsate inmortal y capaz de conocerlo todo: todas las artes, todas las ciencias, el modo de toda vida.

Hazte más alto que toda altura y más bajo que toda profundidad. Reúne en ti todas las sensaciones de [todas las] criaturas: del fuego, [y] del agua, de lo seco y de lo húmedo. Piensa que estás al mismo tiempo en todo lugar: en la tierra, en el mar, en el cielo; aún no engendrado, en el vientre, joven, viejo, [y] muerto, en los estados de después de la muerte.

Y si conoces todas estas cosas a la vez (tiempos, lugares, acciones, cualidades y cantidades), puedes conocer a Dios.

Pero si encierras tu alma dentro de tu cuerpo y la rebajas, diciendo: Nada sé; nada puedo; temo el mar; no puedo escalar el cielo; no sé quién fui, ni quién seré; ¿qué hay [entonces] entre [tu] Dios y tú? Pues nada puedes conocer de las cosas bellas y buenas mientras ames tu cuerpo y seas malo.

El mayor mal que existe es no conocer el Bien de Dios; pero poder conocer [el Bien], y querer, y esperar, es un Camino Recto, el [Camino] propio del Bien, que conduce hasta allí y es fácil.

Si tan solo pones en él el pie, te saldrá al encuentro en todas partes, será visto en todas partes, donde y cuando no lo esperas: despierto, dormido, navegando, viajando, de noche, de día, hablando [y] sin decir nada. Pues nada hay que no sea imagen del Bien.

Hermes: ¿Es Dios invisible? Mente: ¡Silencio! ¿Quién es más manifiesto que Él? Por esta única razón hizo Él todas las cosas: para que a través de todas ellas puedas verlo. Este es el Bien de Dios, esta [es] Su Virtud: que se manifieste a través de todo. Pues nada es invisible, ni siquiera de las cosas que son sin cuerpo.

La Mente se ve a sí misma al pensar; Dios, al hacer. ¡Hasta aquí estas cosas te han sido manifestadas, oh Tres Veces Grandísimo! Reflexiona sobre todo lo demás del mismo modo contigo mismo, y no serás extraviado.

Une Sacra · edición 2.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XII. SOBRE LA MENTE COMÚN

✦

Hermes: La Mente, oh Tat, es de la esencia misma de Dios (si existe tal cosa como la esencia de Dios), y lo que esta es, ella y solo ella lo sabe con precisión. La Mente, pues, no está separada de la esencialidad de Dios, sino unida a ella, como la luz al sol. Esta Mente en los hombres es Dios, y por eso algunos de entre los hombres son dioses, y su humanidad está cerca de la divinidad. Pues el Buen Daimon dijo: "Los dioses son hombres inmortales, y los hombres son dioses mortales."

Pero en las vidas irracionales la Mente es su naturaleza. Pues donde está el Alma, allí también está la Mente; así como donde está la Vida, allí también está el Alma. Pero en las vidas irracionales su alma es vida desprovista de mente; pues la Mente es la que obra en las almas de los hombres para el bien: obra en ellas para su propio bien.

En las vidas irracionales coopera con la naturaleza de cada una; pero en las almas de los hombres las contraría. Pues toda alma, cuando se encarna, es inmediatamente depravada por el placer y por el dolor. Pues en un cuerpo compuesto, como jugos, hierven el dolor y el placer, y en ellos el alma, al entrar, es sumergida.

Sobre cualesquiera almas, pues, la Mente presida, a estas les muestra su propia luz, actuando contra sus predisposiciones, así como un buen médico hace con el cuerpo tomado por la enfermedad: le inflige dolor, quemándolo o sajándolo por causa de la salud. Exactamente del mismo modo

la Mente inflige dolor al alma, para rescatarla del placer, de donde viene todo su mal.

El gran mal del alma es la impiedad; luego sigue la inclinación a todas las cosas malas y a nada bueno. Así, pues, la Mente, contrariándola, obra el bien en el alma, como el médico la salud en el cuerpo.

Pero cualesquiera almas humanas que no tienen a la Mente como piloto comparten la misma suerte que las almas de las vidas irracionales. Pues [la Mente] se hace su cooperadora, dando libre curso a los deseos hacia los cuales [tales almas] son llevadas, [deseos] que, por el ímpetu de la lujuria, tienden a lo irracional; [de modo que tales almas humanas], tal como los animales irracionales, no cesan de enfurecerse y de codiciar irracionalmente, ni jamás se sacian de males.

Pues las pasiones y los deseos irracionales son males sobremanera grandes; y sobre ellos Dios ha puesto a la Mente para hacer el papel de juez y de verdugo.

Tat: En ese caso, padre mío, la enseñanza (logos) sobre el Destino, que antes me explicaste, corre el riesgo de ser derribada. Pues, si está absolutamente fijado por el destino que un hombre fornique, o cometa sacrilegio, o haga alguna otra mala acción, ¿por qué es castigado, si ha cometido la acción por la necesidad del Destino?

Hermes: Todas las obras, hijo mío, son del Destino; y sin el Destino nada de las cosas corpóreas (ni el bien ni el mal) puede suceder. Pero está también fijado que quien hace el mal ha de sufrir. Y por eso lo hace: para sufrir lo que sufre, por haberlo hecho.

Pero por ahora, [Tat,] dejemos la enseñanza sobre el vicio y el Destino, pues hemos hablado de estas cosas en otros [de nuestros sermones]; ahora nuestra enseñanza (logos) es sobre la Mente: lo que la Mente puede hacer, y cómo es [tan] diferente en los hombres, siendo tales y tales, y [tan] cambiada en las vidas irracionales; y [además] que en las vidas irracionales no es de naturaleza benéfica, mientras que en los hombres extingue los elementos irascibles y concupiscibles. De los hombres, a su vez, debemos clasificar a unos como guiados por la razón y a otros como irracionales.

Pero todos los hombres están sujetos al Destino, a la génesis y al cambio, pues estos son el principio y el fin del Destino. Y, aunque todos los hombres sufren las cosas fijadas por el destino, los guiados por la razón (los que dijimos que la Mente guía) no soportan un sufrimiento igual al de los demás; sino que, por haberse liberado del vicio, no siendo malos, no sufren el mal.

Tat: ¿Qué quieres decir, de nuevo, padre mío? ¿No es malo el fornicador, malo el asesino, y [así] todos los demás? Hermes: [No quise decir eso;] sino que el hombre guiado por la Mente, hijo mío, aunque no sea fornicador, sufrirá como si hubiera cometido fornicación, y, aunque no sea asesino, como si hubiera cometido asesinato.

De la cualidad del cambio no puede escapar, como no puede escapar de la génesis. Pero es posible para aquel que tiene la Mente liberarse del vicio.

Por eso siempre he oído, hijo mío, decir también al Buen Daimon (y, si Él lo hubiera puesto por escrito, habría ayudado mucho a la raza de los hombres; pues solo Él, hijo mío, en verdad, como Dios Primogénito, contemplando todas las cosas, da voz a palabras (logoi) divinas); sí, una vez Le oí

decir: "Todas las cosas son una, y sobre todo los cuerpos que solo la mente percibe.

Nuestra vida se debe a la Energía, a la Potencia y al Eón [de Dios]. Su Mente es buena, y así también Su Alma. Y, siendo así, las cosas inteligibles nada saben de separación. Así, pues, la Mente, siendo Gobernante de todas las cosas y siendo Alma de Dios, puede hacer lo que quiera."

Compréndelo, pues, y lleva esta palabra (logos) de vuelta a la pregunta que hiciste antes; quiero decir, sobre el Destino de la Mente. Pues, si eliminas con precisión, hijo, [todos] los argumentos (logos) capciosos, descubrirás que en toda verdad la Mente, el Alma de Dios, gobierna sobre todo: sobre el Destino, la Ley y todas las demás cosas; y nada le es imposible: ni poner un alma humana por encima del Destino, ni poner bajo el Destino [un alma] descuidada de lo que sucede.

Baste esto, por ahora, de las tan buenas [palabras] del Buen Daimon. Tat: Sí, [palabras] divinamente dichas, padre mío, verdaderas y provechosas. Pero explícame aún esto.

⁂

Dijiste que la Mente, en las vidas irracionales, obraba en ellas como [su] naturaleza, cooperando con sus impulsos. Pero los impulsos de las vidas irracionales, según pienso, son pasiones. Ahora bien, si la Mente coopera con [esos] impulsos, y si los impulsos de las [vidas] irracionales son pasiones, entonces la Mente también es pasión, tomando su color de las pasiones. Hermes: ¡Bien planteado, hijo mío! Preguntas con mucha nobleza, y es justo que yo también responda [con nobleza].

Todas las cosas incorpóreas, cuando están en un cuerpo, están sujetas a la pasión, y en sentido propio son [ellas mismas] todas pasiones. Pues toda cosa que se mueve a sí misma es incorpórea, mientras que toda cosa que es movida es cuerpo. Los incorpóreos, además, son movidos por la Mente, y el movimiento es pasión.

Ambos, pues, están sujetos a la pasión: tanto el que mueve como lo movido, siendo el primero gobernante y el segundo gobernado. Pero cuando un hombre se ha liberado del cuerpo, entonces está también libre de la pasión. Pero, más exactamente, hijo, nada es impasible, sino que todo es pasible.

Sin embargo, la pasión difiere de la pasibilidad; pues una es activa, mientras que la otra es pasiva. Los incorpóreos, además, actúan sobre sí mismos, pues o están inmóviles o son movidos; pero, sea como sea, es pasión. Pero los cuerpos sufren siempre la acción, y por eso son pasibles. No dejes, pues, que te turben los términos; acción y pasión son una y la misma cosa. Usar el término que suena mejor, no obstante, no hace daño alguno.

Tat: Con toda claridad, padre mío, has expuesto la enseñanza (logos). Hermes: Considera también esto, hijo mío: que estas dos cosas Dios ha concedido al hombre por encima de todas las vidas mortales: la mente y la palabra (logos), iguales a la inmortalidad. Tiene la mente para conocer a Dios, y la palabra (logos) proferida para alabarlo.

Y si alguien las usa para aquello a que debe, en nada diferirá de los inmortales. Más aún: al dejar el cuerpo, será guiado por ambas hasta el Coro de los Dioses y de los Bienaventurados.

Tat: ¡Pero, padre mío! ¿No hacen las otras vidas uso de la palabra (logos)? Hermes: No, hijo; sino solo uso de la voz; la palabra es muy diferente de la voz. Pues la palabra es común a todos los hombres, mientras que la voz difiere en cada especie de ser vivo. Tat: Pero también entre los hombres, padre mío, la palabra difiere según cada pueblo.

Hermes: Sí, hijo, pero el hombre es uno solo; así también la palabra es una sola, y se traduce, y se encuentra la misma en Egipto, en Persia y en Grecia. Pareces, hijo, ignorar el valor y la grandeza de la Razón (Logos).

Pues el Dios Bienaventurado, el Buen Daimon, ha declarado: "El Alma está en el Cuerpo, la Mente en el Alma; pero la Razón (Logos) está en la Mente, y la Mente en Dios; y Dios es Padre de [todas] estas cosas."

La Razón, pues, es la imagen de la Mente, y la Mente, [la imagen] de Dios; mientras que el Cuerpo es [la imagen] de la Forma, y la Forma, [la imagen] del Alma. La parte más sutil de la Materia es, pues, el Aire, o espíritu vital; del Aire, el Alma; del Alma, la Mente; y de la Mente, Dios.

Y Dios envuelve todo y penetra todo; mientras que la Mente envuelve el Alma; el Alma, el Aire; el Aire, la Materia. La Necesidad, la Providencia y la Naturaleza son instrumentos del Cosmos y de la ordenación de la Materia; mientras que de las cosas inteligibles cada una es Esencia, y la Identidad es su Esencia.

Pero de los cuerpos del Cosmos cada uno es múltiple; pues, por poseer la Identidad, [estos] cuerpos compuestos, aunque cambian por sí mismos de uno en otro, conservan, no obstante, la incorruptibilidad de su Identidad.

Mientras que en todos los demás cuerpos compuestos hay de cada uno cierto número; pues sin número no puede haber estructura, ni composición, ni descomposición. Ahora bien, son las unidades las que dan nacimiento al número y lo aumentan, y, siendo descompuestas, son recibidas de vuelta en sí mismas.

La Materia es una; y todo este Cosmos (el poderoso Dios e imagen del más Poderoso, unido a Él y conservador de la Voluntad y del Orden del Padre) está repleto de Vida. Nada hay en él, en todo el Eón, el Restablecimiento [eterno] del Padre (ni del todo, ni de las partes), que no viva. Pues ni una sola cosa muerta ha sido, es o será en [este] Cosmos.

Pues el Padre quiso que tuviera Vida mientras existiera. Por eso ha de ser necesariamente un Dios.

¿Cómo, pues, oh hijo, podría haber en el Dios, en la imagen del Padre, en la plenitud de la Vida, cosas muertas? Pues la muerte es corrupción, y la corrupción, destrucción. ¿Cómo, pues, podría alguna parte de aquello que no conoce corrupción ser corrompida, o algún ápice de él, el Dios, ser destruido?

Tat: ¿No mueren, pues, padre mío, las vidas que están en él y que son sus partes? Hermes: ¡Silencio, hijo!, llevado al error por el término usado para lo que sucede. No mueren, hijo mío, sino que son disueltas como cuerpos compuestos. Ahora bien, la disolución no es muerte, sino disolución de un compuesto; se disuelve no para ser destruido, sino para ser renovado.

Pues ¿cuál es la actividad de la vida? ¿No es el movimiento? ¿Qué hay, pues, en el Cosmos que no tenga movimiento? ¡Nada hay, hijo!

⁂

Tat: ¿Ni siquiera la Tierra, padre, te parece que no tiene movimiento? Hermes: No, hijo; sino más bien que ella es la única cosa que, aunque en movimiento muy rápido, es también estable. Pues ¿cómo no sería cosa de risa que la Nodriza de todos no tuviera movimiento, cuando engendra y da a luz todas las cosas? Pues es imposible que sin movimiento quien engendra lo haga.

Que preguntes si la cuarta parte, o elemento, no es inerte es cosa ridiculísima; pues el cuerpo que no tiene movimiento no da señal de nada sino de inercia.

Sabe, por tanto, en general, hijo mío, que todo lo que está en el Cosmos está siendo movido para aumento o para disminución. Ahora bien, aquello que se mantiene en movimiento también vive; pero no hay necesidad de que aquello que vive sea siempre lo mismo.

Pues, siendo simultáneo, el Cosmos, como un todo, no está sujeto al cambio, hijo mío, pero todas sus partes le están sujetas; sin embargo, nada [de él] está sujeto a la corrupción, ni es destruido. Son los términos empleados los que confunden a los hombres.

Pues no es la génesis la que constituye la vida, sino la sensación; no es el cambio el que constituye la muerte, sino el olvido. Siendo, pues, así estas cosas, todas son inmortales: la Materia, [y] la Vida, [y] el Espíritu, la Mente [y] el Alma, de las que se compone todo lo que vive.

Todo, pues, lo que vive debe su inmortalidad a la Mente, y sobre todo el hombre, que es a la vez receptáculo de Dios y de la misma esencia que Él.

Pues solo con esta vida convive Dios; por visiones de noche, por señales de día y por todas las cosas le predice el futuro: por las aves, por las entrañas, por el viento, por el árbol. Por eso el hombre pretende conocer las cosas pasadas, las presentes y las venideras.

Observa también esto, hijo mío: que cada una de las otras vidas habita una porción del Cosmos: las criaturas acuáticas, el agua; las terrestres, la tierra; y las criaturas aéreas, el aire; mientras que el hombre usa todas estas cosas: tierra, agua, aire [y] fuego; ve también el Cielo y lo toca con [sus] sentidos. Pero Dios envuelve todo y penetra todo, pues Él es energía y potencia; y no es nada difícil, hijo mío, concebir a Dios.

Pero si quieres también contemplarlo, mira la ordenación del Cosmos y [mira] el comportamiento ordenado de su ordenación (hay aquí un juego con la palabra "cosmos", que significa "orden, disposición"); mira la Necesidad de las cosas manifestadas y [mira] la Providencia de las cosas que han llegado a ser y de las que están llegando a ser; mira cómo la Materia está toda llena de Vida; ¡[mira] a este Dios tan grande en movimiento, con todos los [seres] buenos y nobles: dioses, daimones y hombres!

Tat: ¡Pero estas son puramente energías, oh padre mío! Hermes: Si, pues, son puramente energías, hijo mío, ¿por quién, entonces, son energizadas sino por Dios? ¿O ignoras que, así como el Cielo, la Tierra, el Agua y el Aire son partes del Cosmos, exactamente del mismo modo las partes de Dios son la Vida y la Inmortalidad, [y] la Energía, y el Espíritu, y la Necesidad, y la Providencia, y la Naturaleza, el Alma y la Mente, y la Duración (es decir, el Eón, o Eternidad) de todas estas cosas, que se llama el Bien? Y

nada hay de las cosas que han llegado a ser, o que están llegando a ser, en que Dios no esté.

Tat: ¿Está Él en la Materia, entonces, padre? Hermes: La Materia, hijo mío, está separada de Dios, para que puedas atribuirle la cualidad del espacio. Pero ¿qué otra cosa sino masa piensas que es, si no está energizada? Mientras que, si está energizada, ¿por quién es hecha así?

Pues las energías, dijimos, son partes de Dios. ¿Por quién, pues, son vivificadas todas las vidas? ¿Por quién las cosas inmortales son hechas inmortales? ¿Por quién las cosas cambiadas son hechas mudables?

Y ya hables de la Materia, del Cuerpo o de la Esencia, sabe que también estas son energías de Dios; y que la materialidad es la energía de la Materia, que la corporeidad es la energía de los Cuerpos, y que la esencialidad constituye la energía de la Esencia; y esto es Dios: el Todo.

Y en el Todo nada hay que no sea Dios. Por eso ni el tamaño, ni el espacio, ni la cualidad, ni la forma, ni el tiempo envuelven a Dios; pues Él es el Todo, y el Todo envuelve todo y penetra todo. A esta Razón (Logos), hijo, rinde tu adoración y tu culto. Hay un solo modo de rendir culto a Dios: [es] no ser malo.

Une Sacra · edición 2.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XIII. EL SERMÓN SECRETO DE LA MONTAÑA

✦

Tat: [Ahora bien,] en los Sermones Generales, padre, hablaste por enigmas muy oscuros, discurriendo sobre la Divinidad; y cuando dijiste que ningún hombre podría jamás ser salvado antes del Renacimiento, ocultaste tu sentido.

Además, cuando me hice tu Suplicante, en la Subida de la Montaña, después de que conversaste conmigo, y cuando ansié aprender el Sermón (Logos) sobre el Renacimiento (pues esto, por encima de todas las demás cosas, es justamente lo que no sé), dijiste que me lo darías "cuando te hayas hecho extraño al mundo".

Por eso me preparé e hice al pensamiento que hay en mí extraño a la ilusión del mundo. Y ahora completa en mí las cosas que me faltan con aquello que dijiste que me daría la tradición del Renacimiento, exponiéndola en palabras o por el camino secreto. No sé, oh Tres Veces Grandísimo, de qué materia y de qué vientre nace el Hombre, ni de qué semilla.

Hermes: La Sabiduría que comprende en silencio [tal es la materia y el vientre de que nace el Hombre], y el Verdadero Bien, la semilla. Tat: ¿Quién es el sembrador, padre? Pues estoy completamente perdido. Hermes: Es la Voluntad de Dios, hijo mío. Tat: ¿Y de qué clase es el que es engendrado, padre?

Pues no tengo en mí parte alguna de aquella esencia que trasciende los sentidos. ¿El que es engendrado será otro, salido de Dios, Hijo de Dios? Hermes: Todo en todo, compuesto de todas las potencias. Tat: Me dices un enigma, padre, y no hablas como padre a hijo. Hermes: Esta Raza, hijo mío, jamás es enseñada; pero, cuando Él lo quiere, su memoria es restaurada por Dios.

Tat: Dices cosas imposibles, oh padre, cosas forzadas. Por eso quiero respuestas directas a estas cosas. ¿Soy yo un hijo extraño a la raza de mi padre? No me lo escondas, padre. Soy un hijo legítimo; explícame el modo del Renacimiento. Hermes: ¿Qué puedo decir, hijo mío? Solo puedo decirte esto.

Siempre que veo dentro de mí la Visión Simple nacida de la misericordia de Dios, he pasado a través de mí mismo a un Cuerpo que jamás puede morir. Y ahora no soy como era antes; sino que he nacido en la Mente. El modo de hacer esto no se enseña, y no puede ser visto por el elemento compuesto por medio del cual ves. Sí, mi antigua forma compuesta ha sido desmembrada para mí.

Ya no soy tocado, pero tengo tacto; tengo también dimensión; y [no obstante] soy ahora extraño a ellas. Tú me ves con los ojos, hijo mío; pero lo que yo soy no lo comprendes, [ni siquiera] con el máximo esfuerzo del cuerpo y de la vista.

Tat: En un frenesí feroz y en una furia de la mente me has arrojado, padre, pues ahora ya no me veo a mí mismo. Hermes: Quisiera, hijo mío, que hubieras pasado completamente a través de ti mismo, como los que sueñan en el sueño, pero sin dormir. Tat: ¡Dime también esto! ¿Quién es el autor

del Renacimiento? Hermes: El Hijo de Dios, el Hombre Uno, por la Voluntad de Dios.

Tat: Ahora me has llevado, padre, al puro estupor. Privado de los sentidos que antes tenía... (laguna en el texto original); pues [ahora] veo tu Grandeza idéntica a tu forma distintiva. Hermes: Aun en esto no estás en lo cierto; la forma mortal cambia cada día. Es llevada por el tiempo al crecimiento y al menguar, como cosa no verdadera.

Tat: ¿Qué es, pues, verdadero, oh Tres Veces Grandísimo? Hermes: Aquello que jamás es perturbado, hijo, que no puede ser definido; aquello que no tiene color ni figura alguna, que no es cambiado, que no tiene vestidura, que da luz; aquello que es comprensible [solo] para sí mismo, que no sufre cambio; aquello que ningún cuerpo puede contener.

Tat: En verdad pierdo la razón, padre. Justo cuando pensaba ser hecho sabio por ti, encuentro bloqueados los sentidos de esta mente mía. Hermes: Así es, hijo: aquello que es llevado hacia arriba como el fuego, y no obstante es llevado hacia abajo como la tierra; aquello que es húmedo como el agua, y sin embargo sopla como el aire; ¿cómo has de percibirlo con los sentidos, aquello que no es sólido ni húmedo, que nada puede atar ni soltar, de lo que solo en potencia y energía puede el hombre tener alguna noción? Y aun entonces, ¿no hace falta un hombre que pueda percibir el Camino del Nacimiento en Dios?

Tat: ¿Soy incapaz de esto, entonces, oh padre? Hermes: ¡No, Dios no lo quiera, hijo mío! Recógete en ti mismo, y vendrá; quiere, y sucederá; deja sin obrar los sentidos del cuerpo, y tu Divinidad nacerá; purifícate de los

tormentos brutales, cosas de la materia. Tat: ¿Tengo entonces atormentadores en mí, oh padre?

Hermes: Sí, y no pocos, hijo mío; antes bien, terribles y numerosos. Tat: No los conozco, padre. Hermes: El primer tormento es este, el No-saber, hijo; el segundo es la Tristeza; el tercero, la Intemperancia; el cuarto, la Concupiscencia; el quinto, la Injusticia; el sexto es la Avaricia; el séptimo, el Error; el octavo es la Envidia; el noveno, el Engaño; el décimo es la Ira; el undécimo, la Temeridad; el duodécimo es la Malicia.

Son doce en número; pero bajo ellos hay muchos más, hijo mío; y, arrastrándose por la prisión del cuerpo, fuerzan al hombre que está en ella a sufrir en sus sentidos. Pero se apartan (aunque no todos a la vez) de aquel de quien Dios ha tenido piedad; y esto es lo que constituye el modo del Renacimiento. Y... (laguna en el texto original) la Razón (Logos).

¡Y ahora, hijo mío, aquiétate y guarda solemne silencio! Así no cesará la misericordia que de Dios fluye sobre nosotros. De ahora en adelante alégrate, oh hijo, pues por las Potencias de Dios estás siendo purificado para la articulación de la Razón (Logos). La Gnosis de Dios ha venido a nosotros, y, cuando ella viene, hijo mío, el No-saber es expulsado.

La Gnosis de la Alegría ha venido a nosotros, y, con su venida, hijo, la Tristeza huirá hacia los que le dan lugar. La Potencia que sigue a la Alegría invoco, tu Dominio de Sí. ¡Oh Potencia dulcísima! ¡Démosle de buen grado la bienvenida, hijo! ¡Cómo, con su venida, expulsa la Intemperancia!

Ahora, en cuarto lugar, invoco a la Continencia, la Potencia contra el Deseo. (Laguna en el texto original.) Este peldaño, hijo mío, es el firme asiento

de la Justicia. Pues sin juicio (otros traductores leen "sin esfuerzo") mira cómo ha expulsado a la Injusticia. Somos hechos justos, hijo, por la partida de la Injusticia.

La sexta Potencia llamo a nosotros, la que es contra la Avaricia, el Compartir-con-todos. Y ahora que la Avaricia se ha ido, llamo a la Verdad. Y el Error huye, y la Verdad está con nosotros. Mira cómo [la medida del] Bien está llena, hijo mío, con la venida de la Verdad. Pues la Envidia se ha apartado de nosotros; y a la Verdad se une también el Bien, con la Vida y la Luz.

Y ahora ningún tormento de la Tiniebla se atreve ya a acercarse, sino que, vencidos, [todos] han huido con alas silbantes.

Conoces [ahora], hijo mío, el modo del Renacimiento. Y cuando viene la Década, hijo mío, que expulsa a la Docena, el Nacimiento en el entendimiento (literalmente, "nacimiento intelectual", noera genesis) está completo, y por este nacimiento somos hechos Dioses. Quien, pues, por Su misericordia, alcanza este Nacimiento en Dios, abandonando los sentidos del cuerpo, se conoce a sí mismo [como siendo de Luz y Vida] y sabe que consiste en estas cosas, y [así] se llena de bienaventuranza.

Tat: Hecho firme por Dios, padre, ya no miro las cosas con la vista que me dan mis ojos, sino con la energía que la Mente me da por medio de las Potencias. Estoy en el Cielo, en la tierra, en el agua, en el aire; estoy en los animales, en las plantas; estoy en el vientre, antes del vientre, después del vientre; ¡estoy en todas partes! Pero dime aún esto: ¿cómo los tormentos de la Tiniebla, siendo doce en número, son expulsados por las diez Potencias? ¿Cuál es el modo de ello, oh Tres Veces Grandísimo?

⁂

Hermes: Esta morada por la que acabamos de pasar (es decir, el cuerpo humano), hijo mío, está constituida por el círculo de los doce tipos-de-vida, siendo compuesta de elementos, doce en número, pero de una sola naturaleza, una idea de todas las formas. Para ilusión del hombre hay desuniones en ellos, hijo, mientras que en su acción son uno solo.

No solo jamás podemos separar la Temeridad de la Ira; ni siquiera pueden distinguirse. Según la recta razón (logos), pues, ellos, los Doce, se retiran naturalmente de una vez por todas, por cuanto son expulsados por nada menos que diez potencias, es decir, la Década. Pues, hijo, la Década es aquello que da nacimiento a las almas.

Y la Vida y la Luz están unidas allí donde el Uno tiene el ser a partir del Espíritu. Según la razón (logos), pues, el Uno contiene la Década, y la Década, al Uno.

Tat: Padre, veo el Todo, me veo a mí mismo en la Mente. Hermes: Esto es, hijo mío, el Renacimiento: no mirar ya las cosas desde el punto de vista del cuerpo (cosa extendida en tres direcciones en el espacio)... (laguna en el texto), aunque este Sermón (Logos) sobre el Renacimiento, sobre el cual no hice comentario, para que no seamos calumniadores del Todo ante la multitud, a quien, en verdad, Dios mismo no quiere que [lo revelemos].

Tat: Dime, oh padre: este Cuerpo, que está hecho de las Potencias, ¿se disuelve en algún tiempo? Hermes: ¡Silencio, [hijo]! No hables de cosas imposibles, o pecarás y el ojo de tu Mente se extinguirá. El cuerpo natural que nuestros sentidos perciben está muy lejos de este nacimiento esencial. El

primero debe ser disuelto; el último jamás puede serlo; el primero debe morir; al último, la muerte no puede tocarlo. ¿No sabes que has nacido Dios, Hijo del Uno, así como yo mismo?

Tat: Quisiera, oh padre, oír la Alabanza con himno que dijiste haber oído entonces, cuando estabas en la Octava [la Ogdóada] de las Potencias. Hermes: Así como el Pastor predijo [que yo la oiría], hijo mío, [cuando llegara] a la Octava. Bien haces en apresurarte a "levantar tu tienda" (es decir, liberarte del cuerpo físico), pues has sido hecho puro.

El Pastor, la Mente de todo dominio, no me ha transmitido más de lo que ha sido escrito, pues sabía muy bien que yo sería capaz de aprenderlo todo por mí mismo, y de oír lo que quisiera, y de ver todas las cosas. Me dejó el hacer de las cosas bellas; por eso las Potencias que hay en mí, así como están en todos, rompen a cantar.

Tat: Padre, deseo oír; anhelo conocer estas cosas. Hermes: Aquiétate, hijo mío; oye ahora la Alabanza que mantiene [al alma] afinada, el Himno del Renacimiento, un himno que yo no habría juzgado conveniente decir tan prontamente si no hubieras llegado al fin de todo. Por eso no se enseña, sino que se guarda oculto en el silencio.

Así, pues, hijo mío, ponte en un lugar descubierto al cielo, de cara al viento del sur, al declinar el sol poniente, y rinde tu culto; y del mismo modo también cuando él sale, con el rostro vuelto hacia el viento del este. ¡Ahora, hijo, aquiétate! El Himno Secreto

¡Que toda naturaleza del Mundo reciba la expresión de mi himno! ¡Ábrete, Tierra! Que todo cerrojo del Abismo sea descorrido para mí. ¡No os mo-

váis, Árboles! Voy a cantar al Señor de la creación, el Todo y el Uno. Abríos, Cielos, y aquietaos, Vientos; ¡[y] que la Esfera inmortal de Dios reciba mi palabra (logos)!

Pues cantaré la alabanza de Aquel que lo fundó todo; que afirmó la Tierra y suspendió el Cielo, y mandó que el Océano diera agua dulce [a la Tierra], tanto a las partes habitadas como a las que no lo están, para sustento y uso de todo hombre; que hizo brillar el Fuego para dioses y hombres en toda acción. ¡Démosle todos juntos alabanza, a Él, sublime por encima de los Cielos, Señor de toda naturaleza! Él es el Ojo de la Mente; ¡que acepte la alabanza de estas mis Potencias!

¡Potencias que estáis dentro de mí, cantad al Uno y al Todo; cantad con mi Voluntad, todas las Potencias que estáis dentro de mí! Oh Gnosis bienaventurada, iluminado por ti, cantando por ti la Luz que solo la mente puede ver, me alegro en la Alegría de la Mente. ¡Cantad alabanzas conmigo, todas las Potencias!

Canta alabanza, mi Dominio de Sí; canta tú por mí, mi Justicia, las alabanzas del Justo; canta tú, mi Compartir-con-todos, las alabanzas del Todo; ¡canta por mí, Verdad, las alabanzas de la Verdad! ¡Canta tú, oh Bien, al Bien! ¡Oh Vida y Luz, de nosotros a vosotras fluyen nuestras alabanzas!

Padre, Te doy gracias, a Ti, Energía de todas mis Potencias; ¡Te doy gracias, oh Dios, Potencia de todas mis Energías!

Tu Razón (Logos) canta por mí Tus alabanzas. ¡Recibe de vuelta por mí el Todo en [Tu] Razón, [mi] oblación racional! Así claman las Potencias en mí. Cantan Tu alabanza, Tú, el Todo; hacen Tu Voluntad. De Ti, Tu Vo-

luntad; a Ti, el Todo. Recibe de todos su oblación racional. El Todo que está en nosotros, oh Vida, consérvalo; oh Luz, ilumínalo; oh Dios, infúndele el espíritu. Es Tu Mente la que hace de pastor de Tu Palabra, oh Tú, Creador, Dador del Espíritu [a todos].

[Pues] Tú eres Dios; Tu Hombre así clama a Ti por el Fuego, por el Aire, por la Tierra, por el Agua, [y] por el Espíritu, por Tus criaturas. Es de Tu Eón de donde he hallado la alabanza; y en Tu Voluntad, objeto de mi búsqueda, he hallado reposo. Tat: Por tu beneplácito he visto cantar esta alabanza, oh padre; también yo la he puesto en mi Cosmos.

Hermes: Di: en el Cosmos que solo tu mente puede ver, hijo mío. Tat: Sí, padre, en el Cosmos que solo la mente puede ver; pues he sido hecho capaz por tu Himno, y por tu Alabanza mi mente ha sido iluminada. Pero quisiera también yo, desde mi mente natural, enviar alabanza a Dios.

Hermes: Pero no sin cuidado, hijo mío. Tat: Sí. Lo que contemplo en la mente, eso digo. A ti, Progenitor de mi Nacimiento, como a Dios, yo, Tat, envío ofrendas racionales. Oh Dios y Padre, tú eres el Señor, tú eres la Mente. Recibe de mí oblaciones racionales, como las quieres; pues por tu Voluntad todas las cosas han sido perfeccionadas.

Hermes: Envía tú, hijo, una oblación agradable a Dios, el Padre de todos; pero añade también, hijo mío, "por la Palabra" (Logos). Tat: Te doy gracias, padre, por haberme enseñado a cantar tales himnos.

Hermes: Feliz estoy, hijo mío, de que hayas dado los buenos frutos de la Verdad, productos que no pueden morir. Y ahora que has aprendido de mí esta lección, promete guardar silencio sobre tu virtud y no dar a conocer a

alma alguna, hijo mío, la transmisión a ti del modo del Renacimiento, para que no seamos tenidos por calumniadores. Y ahora ambos hemos prestado atención suficiente, yo que hablo y tú que oyes. En la Mente te has hecho Conocedor de ti mismo y de nuestro Padre [común].

Une Sacra · edición 2.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XIV. UNA CARTA A ASCLEPIO

✦

¡Que tengas buena salud del alma, Asclepio!

Como en tu ausencia mi hijo Tat deseaba aprender la naturaleza de las cosas que existen y no quería que lo postergara, como [es natural en] un hijo menor que acaba de llegar al conocimiento de las [enseñanzas] sobre cada punto en particular, me vi obligado a contárselo con más detalle, para que le resultara más fácil seguir la contemplación [de ellas]. Así pues, escogiendo los puntos principales de lo que se dijo, te los escribiré brevemente, explicándolos de manera más mística, como corresponde a alguien de más edad y bien versado en la Naturaleza.

Si todas las cosas manifiestas han sido y están siendo hechas, y las cosas hechas no se hacen por sí mismas, sino por otro; [si] las cosas hechas son muchas —más aún, todas las cosas manifiestas, y todas distintas y desiguales —; y las cosas que están siendo hechas son hechas por otros [que ellas mismas], hay alguien que hace estas cosas.

Y Él no puede ser hecho, sino que es más antiguo que las cosas que pueden ser hechas. Pues las cosas que pueden ser hechas, digo, son hechas por otros [que ellas mismas]; pero entre las cosas que deben su existencia a haber sido hechas, es imposible que algo sea más antiguo que todas ellas, salvo solo Aquello que no puede ser hecho.

Así que Él es Supremo, Uno y Único, verdaderamente sabio en todo, pues nada hay más antiguo [que Él]. Gobierna tanto el número, el tamaño y la

diferencia de las cosas que están siendo hechas, como la continuidad de su creación. Además, las cosas que pueden ser hechas son visibles, pero Él no puede ser visto. Pues por esta razón hace: para que no pueda ser visto.

Por tanto, Él hace siempre, y por eso nunca puede ser visto. Es justo comprenderlo de este modo; y, al comprenderlo, maravillarse; y, al maravillarse, considerarse bienaventurado por haber aprendido a conocer al propio Padre.

Pues ¿qué hay más dulce que el propio Padre verdadero? Entonces, ¿quién es Él y cómo aprenderemos a conocerlo? ¿No es justo dedicarle solo a Él el nombre de Dios, o el de Creador, o el de Padre, o más bien [los] tres: Dios por su Poder, Creador por su Actividad y Padre por su Bondad?

El Poder difiere de las cosas que están siendo hechas, mientras que la Actividad consiste en que todas las cosas sean hechas. Por eso debemos dejar de lado la palabrería y las tonterías, y comprender estos dos: lo hecho y quien lo hace. Pues no hay término medio entre ellos; no hay un tercero.

Por eso, en todo lo que concibas y en todo lo que oigas, recuerda estos dos, y piensa que todas las cosas son ellos; no tengas nada por dudoso, ni de las cosas de arriba ni de las de abajo, ni de las cosas divinas ni de las que cambian o están en la oscuridad. Pues todas las cosas son estos dos: quien hace y lo hecho; y es imposible que uno exista sin el otro.

Porque tampoco es posible que «quien hace» exista sin «lo hecho», pues cada uno de ellos es una misma cosa. Por eso es tan imposible separar uno del otro como separarse uno de sí mismo.

Ahora bien, si quien hace no es otra cosa que Aquello que hace, Solo, Simple, sin composición, necesariamente debe hacerse a Sí mismo; para Él, el hacer de quien lo hace es «ser hecho». Y en cuanto a todo lo que está siendo hecho, no puede ser [párrafo continúa] hecho por sí mismo, sino que necesariamente debe ser hecho por otro.

Sin quien hace, lo hecho ni se hace ni existe, pues uno sin el otro pierde su propia naturaleza al verse privado del otro. Si, entonces, se admite que todas las cosas son dos: «lo que está siendo hecho» y «quien hace», todas [ellas] son una en la unión de estos dos: «lo que guía» y «lo que sigue».

El Dios que hace es «lo que guía»; «lo que está siendo hecho», sea lo que sea, es «lo que sigue».

Y no desprecies las cosas hechas por su variedad, por temor a atribuir a Dios una condición baja y falta de gloria. Pues su única Gloria es hacer todas las cosas, y esto es, por así decirlo, el Cuerpo de Dios: hacerlas. Pero en el propio Creador no se concibe nada malo ni vil.

Estas cosas son pasiones que acompañan el proceso de creación, como el óxido acompaña al bronce y la suciedad al cuerpo; pero ni el broncista hace el óxido, ni quienes engendran el cuerpo hacen la suciedad, ni Dios [hace] el mal.

La continuidad del estado de creación hace que pierdan, por así decirlo, su frescura; y por esto Dios hizo el cambio, como si fuera la limpieza de la generación.

¿Es posible, entonces, que un mismo pintor humano haga el cielo, los dioses, la tierra, el mar, los hombres, todos los animales, las cosas inanimadas y

los árboles, y que Dios no pueda hacer todas las cosas? ¡Qué monstruosa falta de entendimiento! ¡Qué desconocimiento de Dios!

Quienes son así sufren el destino más extraño de todos: pues aunque dicen adorar piadosamente y cantar alabanzas a Dios, al no atribuirle la creación de todas las cosas, no conocen a Dios; y, además de este desconocimiento, son culpables de la peor impiedad contra Él: le atribuyen pasiones, arrogancia o impotencia.

Pues si no hace todas las cosas, no las hace por arrogancia o porque no puede, y pensar eso es impiedad.

Dios tiene una sola pasión: la Bondad; y quien es bueno no es arrogante ni impotente. Pues esto es Dios: la Bondad, que tiene todo el poder para hacer todas las cosas. Y todo lo que puede ser hecho es hecho por Dios, es decir, por [Aquel que es] la Bondad y puede hacer todas las cosas. Pero si quieres aprender cómo hace y cómo son hechas las cosas, puedes hacerlo.

Mira una imagen muy hermosa y sumamente semejante: un labrador que echa la semilla en la tierra; aquí trigo, allí cebada y, más allá, alguna otra semilla. ¡Mira al mismo hombre plantar la vid, el manzano y [todos] los demás árboles! Del mismo modo, Dios siembra la Inmortalidad en el Cielo, el Cambio en la Tierra, y la Vida y el Movimiento en el universo. No son muchas cosas, sino pocas y fáciles de contar; pues en total son cuatro: Dios mismo y la Generación, en quienes están todas las cosas que existen.

Une Sacra · edición 2.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XVI. LAS DEFINICIONES DE ASCLEPIO AL REY AMÓN

✦

Grande es el discurso (logos) que te envío, oh rey: el resumen y compendio, por así decirlo, de todo lo demás. Pues no está compuesto para ajustarse al prejuicio de la mayoría, ya que contiene mucho que los refuta. Es más, te parecerá que a veces contradice también mis propios discursos.

Hermes, mi maestro, en muchas conversaciones, tanto cuando estábamos solos como algunas veces cuando Tat estaba presente, ha dicho que a quienes encuentren mis libros su composición les parecerá muy sencilla y [muy] clara; pero, por el contrario, como es oscuro y tiene oculto el [sentido] interior de sus palabras, será aún más oscuro cuando, más adelante, los griegos quieran traducir nuestra lengua a la suya, pues esto distorsionará y oscurecerá muchísimo incluso lo que ya está escrito.

Traducido a nuestra lengua nativa, el discurso (logos) conserva claro el sentido de las palabras (logoi), [al menos]. Pues la propia cualidad de su sonido, el [mismo] poder de los nombres egipcios, lleva en sí la realización de lo que se dice.

Por tanto, oh rey, en la medida en que puedas —y puedes [hacer] todas las cosas—, protege este discurso nuestro de la traducción, para que misterios tan poderosos no lleguen a los griegos y el lenguaje desdeñoso de Grecia, con toda su laxitud y su belleza superficial, por así decirlo, no le quite toda la fuerza al lenguaje solemne y poderoso, el lenguaje enérgico de los Nombres.

Los griegos, oh rey, tienen palabras novedosas, eficaces solo para la «argumentación»; y así es la filosofía de los griegos: ruido de palabras. Pero nosotros no usamos palabras; usamos sonidos colmados de hechos.

Así pues, comenzaré el discurso invocando a Dios, Señor y Creador de todas las cosas, su Padre y su Envolvente; quien, aunque es Todo, es Uno, y aunque es Uno, es Todo; porque la Plenitud de todas las cosas es Una y está en Uno, y este Uno no llega como un segundo [Uno], sino que ambos son Uno.

Y esta es la idea que quisiera que conservaras, Padre, durante todo el estudio de nuestro discurso. Pues si alguien intentara separar de Uno aquello que parece ser Todo, Uno y lo mismo, se verá que toma el calificativo de «Todo» de la [idea de] multitud, y no de la [idea de] plenitud, lo cual es imposible; porque si separa el Todo del Uno, destruirá el Todo.

Pues todas las cosas deben ser Uno, si en verdad son Uno. Sí, son Uno; y nunca dejarán de ser Uno, para que la Plenitud no sea destruida. * * * * *

Mira, pues, en la Tierra una multitud de fuentes de Agua y de Fuego que brotan con fuerza en sus partes más profundas; allí se ven las tres naturalezas en un mismo [espacio]: Fuego, Agua y Tierra, dependientes de una sola Raíz. Por eso también se cree que es el Tesoro de toda materia.

De su abundancia hace brotar, y en el lugar [de lo que hace brotar] recibe la subsistencia de lo alto. Pues así el Demiurgo —me refiero al Sol— ordena eternamente el Cielo y la Tierra, derramando Esencia y tomando Materia, atrayendo todo a su alrededor y hacia sí, y dando desde sí mismo todas las cosas a todos.

Pues sus buenas energías se extienden no solo por el Cielo y el Aire, sino también hasta la Tierra, hasta lo más profundo, hasta el Abismo.

Y si hay una Esencia que solo la mente puede captar, esta es su Sustancia, cuyo depósito sería su Luz. Pero de dónde surge esta [Sustancia], o de dónde fluye, solo Él lo sabe. * * * * * O, más bien, en el espacio y en la naturaleza, está cerca de sí mismo... aunque nosotros no lo vemos... compréndelo [a Él] por conjetura.

Sin embargo, su visión no queda librada a la conjetura; al contrario, sus propios rayos, con el mayor esplendor, brillan por todas partes sobre todo el Cosmos que está arriba y abajo.

Pues está establecido en el centro, rodeado por el Cosmos, y, como un buen auriga, conduce con seguridad el tiro cósmico y lo mantiene sujeto a sí, para que no se desboque en un desorden terrible. Las riendas son la Vida, el Alma, el Espíritu, la Inmortalidad y la Generación. Así, deja que avance [en su giro] no lejos de sí; es más, a decir verdad, junto con él mismo.

Y de esta manera obra todas las cosas. A los inmortales les distribuye permanencia perpetua; y con el hemisferio superior de su propia Luz —todo lo que envía hacia arriba desde su otro lado, [el lado de él] que mira al Cielo— nutre las partes inmortales del Cosmos.

Pero con el lado que envía [su Luz] hacia abajo y que brilla alrededor de todo el hemisferio de Agua, Tierra y Aire, vivifica a los animales de estas partes [inferiores] del Cosmos y, mediante nacimientos y cambios, los mantiene en movimiento de un lado a otro. . . .

Los transforma en espiral y los convierte unos en otros, género en género, especie en especie; sus cambios recíprocos se equilibran, tal como hace cuando trata con los Grandes Cuerpos. Pues en todo cuerpo, la permanencia [consiste en] la transformación. En el caso de un ser inmortal, no hay disolución; pero cuando es mortal, va acompañado de disolución. Así es como el cuerpo inmortal difiere del mortal, y como el mortal difiere del inmortal.

⁂

Además, así como la Luz de él es continua, también es continua su facultad de dar Vida a los vivientes, y no puede acabar ni en el espacio ni en abundancia. Pues hay muchos coros de daimones a su alrededor, semejantes a ejércitos de muy diversas clases; aunque habitan entre los mortales, no están lejos de los inmortales; y, teniendo como destino el trayecto desde aquí hasta las moradas de los Dioses, velan por los asuntos humanos y llevan a cabo lo dispuesto por los Dioses mediante tormentas, remolinos y huracanes, mediante transformaciones causadas por el fuego y temblores de tierra, y también con hambres y guerras que castigan la impiedad [humana], pues esta es, para los seres humanos, la mayor ofensa contra los Dioses.

Pues el deber de los Dioses es hacer el bien; el deber de los seres humanos es rendir culto; el deber de los daimones es imponer el castigo. En cuanto a todas las demás cosas que hacen los seres humanos por error, imprudencia o necesidad —a la que llaman Destino—, o por ignorancia, los Dioses no las consideran merecedoras de castigo; solo la impiedad es culpable ante su tribunal.

El Sol es el preservador y el nutridor de toda clase. Y así como el Mundo Inteligible, al abrazar al Sensible, lo llena por completo y lo colma de formas de toda clase y figura, así también el Sol colma todo el Cosmos, da origen a todos y los fortalece. Cuando se cansan o desfallecen, vuelve a tomarlos en sus brazos.

Y bajo su mando está el coro de daimones —o, mejor dicho, los coros, pues son numerosos y muy diversos—, dispuestos debajo de los grupos de Estrellas, en igual número que cada uno de ellos. Así, ordenados en sus filas, sirven a cada una de las Estrellas; su naturaleza es buena o mala, es decir, en sus actividades (pues la esencia de un daimon es la actividad); algunos tienen [naturaleza] mixta, buena y mala.

A todos estos se les ha asignado autoridad sobre las cosas de la Tierra; y son ellos quienes provocan la variada confusión de las perturbaciones en la Tierra, tanto para los Estados y las naciones en general como para cada individuo por separado. Pues moldean nuestras almas a su semejanza y las ponen en movimiento con ellos, perturbando los nervios, la médula, las venas y las arterias, el cerebro mismo, hasta llegar al corazón.

Pues cuando cada uno de nosotros nace y cobra vida, los daimones se apoderan de nosotros: aquellos [daimones] que están al servicio en ese momento [de la rueda] de la Generación, dispuestos bajo cada una de las Estrellas. Porque estos cambian a cada instante; no permanecen iguales, sino que vuelven a girar.

Entonces descienden por el cuerpo hasta las dos partes del alma y las hacen girar, cada uno hacia su propia actividad. Pero la parte racional del alma

queda por encima del dominio de los daimones, destinada a ser receptáculo de Dios.

¿Quién, entonces, tiene un Rayo que brilla sobre él por medio del Sol dentro de su parte racional? Son pocos; los daimones no actúan sobre ellos, pues ningún daimon ni ninguno de los Dioses tiene poder contra un solo Rayo de Dios. En cuanto a los demás, los daimones los guían y empujan por completo, alma y cuerpo, haciendo que amen y odien sus actividades.

La razón (logos), [pues], no es el amor que se engaña y engaña. Por tanto, los daimones gobiernan toda esta organización terrenal, usando nuestros cuerpos como [sus] instrumentos. Hermes llamó Heimarmenē a esta organización.

El Mundo Inteligible depende de Dios; el Sensible, del Mundo Inteligible. Por medio del Cosmos Inteligible y el Sensible, el Sol derrama abundantemente la corriente del Bien que proviene de Dios, es decir, la acción demiúrgica.

Alrededor del Sol están las Ocho Esferas, dependientes de él: la [esfera] de los [párrafo continúa] Inerrantes, las Seis [esferas] de los Errantes y una Circunterrestre. De las Esferas dependen los daimones, y de estos, los seres humanos. Así, todas las cosas, y cada una de ellas, dependen de Dios.

Por eso Dios es el Padre de todo; el Sol, su Demiurgo; el Cosmos, el instrumento de la acción demiúrgica. La Esencia Inteligible gobierna el Cielo; el Cielo, a los Dioses; los daimones, dispuestos bajo los Dioses, gobiernan a los seres humanos. Esta es la multitud de Dioses y daimones. Por medio de ellos, Dios hace todas las cosas para sí mismo.

Y todos ellos son partes de Dios; y si todos son partes, entonces Dios es todo. Al hacer todas las cosas, se hace a sí mismo; y nunca puede dejar de hacer, pues él mismo no cesa. Así como Dios no tiene fin ni principio, tampoco su creación tiene fin ni principio. * * * * *

Une Sacra · edición 2.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XVII. DE ASCLEPIO AL REY

✦

Asclepio. Si lo piensas, oh rey, incluso entre los cuerpos hay cosas incorpóreas.

El rey. ¿Cuáles? —(preguntó el rey.)

Asc. Las imágenes que aparecen en los espejos, ¿no parecen acaso carecer de cuerpo?

El rey. Así es, oh Asclepio; ¡piensas como un dios! —(respondió el rey.)

Asc. Además de estas, hay cosas incorpóreas; por ejemplo, las formas: ¿no te parece que carecen de cuerpo y que aparecen en los cuerpos, no solo en los de las cosas animadas, sino también en los de las inanimadas?

El rey. Dices bien, Asclepio.

Asc. Así pues, hay reflejos de cosas incorpóreas en los cuerpos, y también de los cuerpos en las cosas incorpóreas; es decir, [reflejos] del Mundo Sensible en el Inteligible, y del Mundo Inteligible en el Sensible.

Por tanto, rinde culto a las imágenes, oh rey, pues ellas también tienen sus formas, procedentes del Mundo Inteligible.

(Entonces Su Majestad se levantó y dijo:)

El rey. Es hora, oh Profeta, de atender a la comodidad de nuestros huéspedes. Mañana, pues, reanudaremos nuestra conversación sagrada.

Une Sacra · edición 2.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XVIII. EL ELOGIO DE LOS REYES

✦

[Ahora bien,] en el caso de quienes profesan el arte armonioso de la melodía semejante a la de las musas, si, al interpretar la pieza, la discordancia de los instrumentos entorpece su propósito, la ejecución se vuelve ridícula. Pues cuando sus instrumentos son demasiado débiles para lo que se requiere de ellos, el público no puede sino reírse del músico.

Él, con toda buena voluntad, entrega su arte sin cansarse; ellos culpan a la debilidad [del artista]. Así pues, quien es el Dios-Músico por naturaleza, no solo al crear la armonía de sus cantos [celestiales], sino también al hacer llegar el ritmo de la melodía de su propio canto[s] hasta cada instrumento por separado, nunca se cansa, pues es Dios. Porque Dios no se cansa.

Así pues, si alguna vez un músico desea participar en el certamen más elevado de su arte, puede hacerlo: cuando los trompetistas han interpretado la misma frase de la destreza [del compositor], y después los flautistas han tocado en sus instrumentos las dulces notas de la melodía, y completan la música de la pieza con la flauta y el plectro, [si algo sale mal,] nadie culpa a la inspiración del creador de la música. Al contrario, [de ningún modo]: se le concede el respeto que merece; se culpa a la imperfección del instrumento, porque se ha convertido en un obstáculo para los más excelentes, estorbando al creador de la música en [la ejecución de] su melodía y privando a quienes escuchan de la dulzura del canto.

Del mismo modo, en nuestro caso, que ninguno de nuestros oyentes, por la debilidad propia del cuerpo, culpe impíamente a nuestra Raza. Que sepa,

más bien, que Dios es Espíritu Incansable: siempre dueño de su propia ciencia, sin cesar en sus alegres dones, concediendo en todas partes los mismos beneficios.

Y si Fidias —el Demiurgo— no recibe respuesta porque falta la materia para perfeccionar su destreza, aunque por su parte el Artista haya hecho todo lo posible, no le echemos la culpa. Culpemos, más bien, a la debilidad de la cuerda, que, por estar demasiado floja o demasiado tensa, estropea el ritmo de la armonía.

Así, cuando el percance se debe al instrumento, nadie culpa al Artista. Al contrario, cuanto peor resulta ser el instrumento, más prestigio gana el Artista por la frecuencia con que su mano acierta con la nota debida, y más amor le ofrecen los oyentes a ese Músico, sin pensar siquiera en culparlo. También nosotros, nobles señores, afinaremos de nuevo por dentro nuestra propia lira con el Músico.

Es más, he visto a uno de los artistas —aunque no tenía habilidad para tocar la lira— que, una vez preparado para un tema verdaderamente noble, se sirvió a menudo de sí mismo como instrumento y afinó el servicio de su cuerda por medio de misterios, de modo que los oyentes quedaron asombrados al ver cómo convertía la necesidad en magnificencia.

Desde luego, conocen la historia del citarista que se ganó el favor del dios que preside el arte de la música. [Un día,] mientras tocaba por un premio, la rotura de una cuerda se convirtió en un obstáculo en el certamen; entonces, el favor del Mejor le proporcionó otra cuerda y puso en sus manos el don de la fama.

Por la previsión del Mejor, un saltamontes se posó en su lira y [así] suplió la melodía en lugar de la cuerda [rota]. Y así, al repararse su cuerda, cesó la aflicción del citarista y obtuvo la fama de la victoria.

Y creo que este es también mi caso, nobles señores. Hace un momento parecía confesar mi falta de fuerzas y hacerme el débil por un rato; pero ahora, gracias al poder de aquel Superior, como si él hubiera perfeccionado mi canto sobre el Rey, parece que despierto mi musa.

Pues deben saber que el fin de este deber nuestro será la gloriosa fama de los Reyes, y que la buena voluntad de nuestro discurso (logos) [se ocupará] de los triunfos que alcanzan. ¡Vamos, apresurémonos! El cantor así lo desea y ha afinado su lira para ello; es más, tocará con mayor dulzura y cantará con mayor acierto, pues los temas de su canto son más elevados.

Así pues, puesto que ha afinado su lira especialmente para los Reyes, tiene la clave de los cantos de alabanza y se propone celebrar las glorias reales, que primero se eleve hasta el Rey supremo, el Dios de todas las cosas. Empezando [entonces] su canto desde lo alto, desciende [así], en segundo lugar, hasta los que, a su semejanza, sostienen el poder del cetro, pues los propios Reyes prefieren que los temas del canto desciendan paso a paso desde lo alto, y que desde allí, donde se preside para ellos sus victorias, se guíen sus esperanzas en orden.

Que el cantor comience, pues, con Dios, el Rey supremo de todas las cosas, libre para siempre de la muerte, eterno y dueño de todo el poder de la eternidad, el Victorioso glorioso, el primero de todos, de quien descienden todas las victorias para quienes, en sucesión, llegan a vencer.

Nuestro discurso (logos) se apresura entonces a pasar a las alabanzas [reales] y a los gobernantes del bien común y de la paz: los Reyes, cuyo señorío, desde tiempos antiquísimos, fue puesto por Dios Supremo en la cumbre más alta; para quienes los premios ya estaban preparados antes incluso de sus proezas en la guerra; cuyos trofeos se erigieron antes del choque del combate.

A ellos les está destinado no solo ser Reyes, sino también ser los mejores. Ante ellos, antes incluso de que se muevan, tiembla la tierra extranjera. * * * * * (ACERCA DE LA BENDICIÓN DEL MEJOR Y DE LA ALABANZA DEL REY)

Pero ahora nuestro tema (logos) se apresura a unir su final con sus comienzos: con la bendición del Mejor; y luego a poner fin a su discurso (logos) sobre aquellos Reyes divinísimos que nos conceden el [gran] premio de la paz. Pues así como comenzamos tratando del Mejor y del Poder de lo Alto, hagamos que el final vuelva a doblarse hacia lo mismo: el Mejor.

Así como el Sol, que alimenta todas las cosas que crecen, al salir por primera vez recoge con sus poderosas manos las primicias de sus frutos, usando sus rayos como si arrancara sus frutos —sí, sus rayos son verdaderas manos para quien primero recoge las esencias más ambrosíacas de las plantas—, así también nosotros, comenzando por el Mejor y recibiendo de ese modo el caudal de su sabiduría, y dirigiéndolo al jardín de nuestras almas por encima de los cielos, debemos [encauzar y] devolver esos [caudales] de bendición a su fuente, pues él mismo ha derramado en nosotros todo su poder germinador.

Haría falta que se emplearan diez mil lenguas y voces para devolver sus bendiciones al Dios purísimo, Padre de nuestras almas. Y aunque no podamos decir lo que conviene —pues estamos muy lejos de ser capaces de hacerlo—, [diremos lo mejor que podamos].

Los recién nacidos no tienen fuerzas para cantar la gloria de su Padre como debería cantarse, pero le dan las gracias debidas según sus fuerzas y reciben indulgencia por su debilidad.

Más aún, la gloria de Dios consiste precisamente en esto: que es más grande que sus hijos y que el preludio, la fuente, el medio y el fin de las bendiciones es reconocer que el Padre es infinitamente poderoso y no conoce límite alguno.

Lo mismo ocurre con el Rey. Nosotros, los hombres, como si fuéramos hijos del Rey, sentimos que alabarlo es nuestro deber natural. Aun así, debemos pedir perdón [por nuestra insuficiencia], aunque nuestro Padre nos lo concede antes de que siquiera lo pidamos.

Y así como el Padre no rechazará a los recién nacidos por ser tan débiles, sino que se alegrará cuando empiecen a reconocer [su amor], así también se alegrará el Conocimiento de todas las cosas, que distribuye la vida a todos y el poder de devolver a Dios la bendición que él nos ha dado.

Pues Dios, que es Bueno, lleva eternamente en sí el límite de su propia perfección eterna, es inmortal, contiene en sí esa parte de la herencia que nunca puede acabarse y, fluyendo sin cesar de su energía, envía noticias a este mundo de aquí abajo [para impulsarnos] a ofrecer alabanza, que nos lleva de vuelta a nuestro hogar. En él no hay diferencias ni parcialidad.

Todos son uno en pensamiento. Una es la Presciencia de todos. Tienen una sola Mente: su Padre. Uno es el Sentimiento que actúa en ellos: el amor mutuo. El Amor mismo produce la armonía de todos.

Por tanto, cantemos las alabanzas de Dios. Mejor aún, descendamos primero hasta quienes han recibido de él sus cetros. Debemos empezar por nuestros Reyes y, practicando con ellos, acostumbrarnos a los cantos de alabanza y formarnos en el servicio piadoso al Mejor. Debemos comenzar nuestro ejercicio de alabanza por él y, por medio de él, practicarla, para que haya en nosotros tanto piedad hacia Dios como alabanza a los Reyes.

Debemos corresponderles porque han extendido hasta nosotros la prosperidad de una paz tan grande. La virtud del Rey —es más, su solo nombre — establece la paz. Se le llama Rey porque allana con paso sereno las cumbres de la discordia y es señor de la razón (logos) que conduce a la paz.

Y como se ha convertido en protector natural de un reino que no es su patria, su propio nombre se vuelve señal de paz. Pues, como saben, el nombre del Rey ha bastado muchas veces para detener al enemigo. Más aún, las estatuas del Rey son puertos pacíficos para quienes más han sufrido las tormentas.

Basta con que aparezca la imagen del Rey para obtener la victoria y asegurar a todos los ciudadanos protección y ausencia de temor. * * * * *

Une Sacra · edición 2.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0